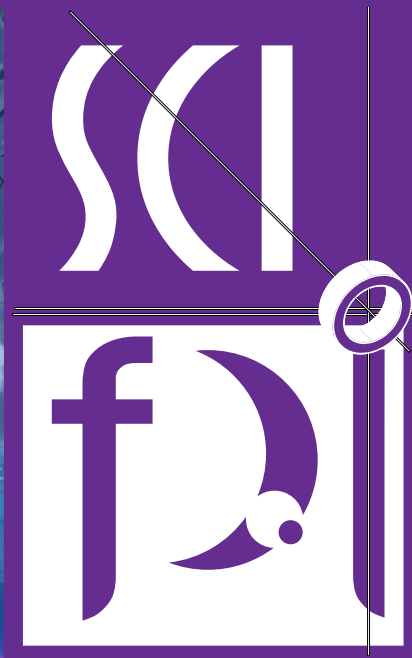


Sci-Fdi: Revista de Ciencia Ficción
de la Facultad de Informática
de la UCM

The background of the cover is a vibrant, sci-fi cityscape. In the foreground, a soldier in a dark, tactical uniform with a helmet and a rifle is running towards the viewer. The city buildings are a mix of modern and futuristic architecture. In the sky, there are large, purple, jellyfish-like alien creatures with long, thin tentacles. Some of these creatures are firing energy beams or missiles. There are also smaller, green, insect-like alien ships flying in the sky. The overall scene is one of intense action and conflict.

**La juventud
de Mamá Pulpa**
**Y otros futuros más allá
de la Tierra y de la humanidad**

Portada: Fernando Sangregorio | <http://www.ucm.es/sci-fdi> | scifdi@fdi.ucm.es



Universidad
Complutense
Madrid

· Siempre juntos · Hasta que la muerte nos separe ·
· La abominación desoladora · Perseguidos · Las reliquias modernas ·
· El origen del futuro · Progenitores · Juventud de Mamá Pulpa ·

Comité Editorial

Rafael Caballero Roldán
Enrique Eugenio Corrales Mateos
Héctor Cortiguera Herrera
Manuel Gómez Lagóstena
Pablo Moreno Ger
Javier Muñoz Pérez
Salvador de la Puente González
Francisco Romero Calvo
Fernando Rubio Díez
Julio Septián del Castillo
David Sigüenza Tortosa
Gumersindo Villar García-Moreno

Portada

Fernando Sangregorio

Maquetación

Beatriz Alonso Carvajales
Enrique Eugenio Corrales Mateos
Salvador de la Puente González

Esta revista ha sido
maquetada con
software libre
usando Scribus



Editorial

Comité Editorial

Tras la publicación del número especial en conmemoración del 25º aniversario de nuestra Facultad, escrito íntegramente por autores ligados al centro, volvemos a nuestro habitual formato abierto a autores de cualquier lugar del universo. Aunque de momento no hemos recibido ningún envío de nadie procedente de fuera de nuestro planeta (o al menos ningún autor ha confesado tal cosa), es un placer presentar en este número trabajos de autores procedentes de Argentina, México, Venezuela y de diversos lugares de España, desde Andalucía hasta Cataluña pasando por Madrid.

Comenzaremos con “Siempre juntos” y “Hasta que la muerte nos separe”, dos relatos que parten de un título similar y cuyos contenidos exploran de forma diferente los límites que puede llegar a superar (o no) el amor. A continuación, “La abominación desoladora” y “Perseguidos” nos presentarán personajes que deben sobrevivir en dos mundos post-apocalípticos muy diferentes. Posteriormente exploraremos conjuntamente el pasado y el futuro del mundo con “Las reliquias modernas” y “El origen del futuro”, que vendrán seguidos de “Progenitores”, un nuevo relato en el que se explora el pasado de un futuro no muy lejano. Para terminar, “Juventud de Mamá Pulpa” nos presenta a la madre de una nueva especie de pulpos que nos harán temer por nuestro futuro.

Antes de finalizar, debemos volver al editorial del número 15, en el que prometimos que desvelaríamos la relación entre el número 11112 y nuestra portada de portadas. Como buena parte de los lectores ya han adivinado, se trataba de una representación de un cuadrado mágico. Ahora bien, el equipo editorial desea realizar una importante aclaración. Ha llegado a nuestro conocimiento el rumor recientemente

propagado de que la abundancia de tonos oscuros en dicho cuadrado mágico revelaba nuestro conocimiento de la magia negra. El equipo editorial y los responsables de la Facultad desean anunciar que, lógicamente, estas acusaciones son únicamente habladurías sin fundamento. Es más, si alguien no nos cree, que se atreva a decírnoslo...

Índice

Siempre juntos.....	5
Hasta que la muerte nos separe.....	7
La abominación desoladora.....	12
Perseguidos.....	21
Las reliquias modernas.....	29
El origen del futuro.....	37
Progenitores.....	45
Juventud de Mamá Pulpa	51

Edición on-line:

<http://www.ucm.es/sci-fdi/>

Envíos, dudas o sugerencias:

scifdi@fdi.ucm.es

Aviso Legal

Salvo cuando se especifique lo contrario, todo el contenido generado por la propia revista SCI-FDI está sujeto a la licencia “Creative Commons Reconocimiento 3.0”, con la excepción de las obras publicadas cuyos autores conservan la propiedad intelectual. Por tanto, los relatos podrán estar sujetos al tipo de licencia que estime oportuno el autor, aunque desde Sci-Fdi se recomienda alguna de las licencias Creative Commons.



Código de colores

RELATO

ENSAYO

POEMA

TEATRO



Siempre juntos

Belén Fernández Crespo

Había perdido la noción del tiempo. Las tinieblas y el silencio eterno que lo envolvían habían hecho que no supiera qué día era, ni cuánto tiempo había pasado desde su ataque al corazón. Todo había sucedido a la velocidad del rayo: estaba en este mundo y al siguiente instante la Nada...

Era una oscuridad absoluta, opresora, sin percepciones, que hacía manar pensamientos a borbotones. Sus recuerdos del pasado eran más intensos que sus vivencias del momento presente: los colores, los sonidos, los olores eran tan vívidos que le parecía estar allí. Quizás era una trampa de su mente. Se refugiaba mucho en esos recuerdos nítidos: oía las palabras, repetía los diálogos, acariciaba las imágenes. Repasar su vida anterior era lo único que le consolaba. A ratos se dedicaba a hacer cálculos matemáticos, a sumar y repasar las tablas de multiplicar; sabía que, de lo contrario, se volvería loco. Se oyó un "bip".

—Papá —le dijo Javi tímido—. He aprobado el carnet de conducir.

—¡Qué alegría, hijo, qué orgulloso estoy de ti!

—Ahora me voy a celebrarlo con los amigos. Qué pena que no puedas acompañarme —añadió casi avergonzado mientras sonaba otro "bip".

—No pasa nada, hijo. Diviértete. ¡Solo se aprueba el carnet una vez! —dijo intentando parecer despreocupado, aunque seguramente Javi no captaría lo frustrado que estaba.

No poder percibir nada era terrible, pero soportable. No poder abrazar a su mujer y a su hijo, una pesadilla de la que nunca se iba a despertar. Si existía el infierno era eso: vivir en la soledad y el aislamiento definitivo. Quería llorar, pero no podía. Se oyó otro "bip".

—Ha aprobado el carnet, está como loco de contento —dijo la dulce voz de su mujer.

—Estoy muy orgulloso de él —respondió Andrés. Hubo un silencio enorme. Como si Eva estuviera midiendo sus palabras.

—La tecnología avanza muy deprisa. Dentro de poco habrá dispositivos portátiles para que te podamos llevar con nosotros. Y seguro que inventan algo para que puedas tener sensaciones. —Volvió a sonar el “bip”.

—Sí, ya sé. Me lo habéis dicho muchas veces —respondió Andrés. Si el sintetizador hubiera podido reproducir tonos de voz, Eva hubiera notado su profundo hastío y tristeza.

—Te queremos.

—No sabes lo que es esto. No poder oír, ver, tocar... Estar atrapado dentro de tus pensamientos y que la oscuridad te devore —dijo Andrés desesperado.

—Era necesario. No queríamos perderte —dijo Eva a punto de llorar.

—Debíais haberme dejado marchar —respondió Andrés—. Si pudiera suicidarme lo haría.

—¡No digas eso! —exclamó Eva llena de rabia y dolor. Intuía que se había equivocado. Por eso no quería escucharlo—. ¡Era necesario! ¡Cuando nos casamos prometimos estar siempre juntos! —Se oyó el “bip”.

—Esto no es estar juntos, ¡es un martirio! ¡Es puro egoísmo!

—Por favor, Andrés —rogó con lágrimas en los ojos—. No quiero que discutamos. Te quiero. Siempre juntos...

—...Juntos siempre —completó Andrés, resignado, con un nudo en la garganta.

Eva dejó de pulsar el botón a cámara lenta, como sin querer, y lo acarició levemente con el dedo índice. Se quedó apoyada en la mesa, derrotada, con un dolor tenaz en la garganta que hacía que le brotaran lágrimas de sangre. El ataque al corazón había sido tan repentino y fulminante... No podía hacerse a la idea de perder al amor de su vida. Siempre había sido una rebelde. Cuando le ofrecieron esta técnica experimental, pensó que sería su forma de vencer a la Muerte: aunque el cuerpo de Andrés no estuviera con ellos nunca más, sí que estaría su mente. ¡Estuvo tan eufórica tras tomar la decisión! Sentía que había encontrado la solución perfecta, que los había salvado a todos.

Ahora, dos años después, se arrepentía a cada segundo. Sabía que había cometido una aberración contra la Naturaleza, un pecado. ¿Quién era ella para manipular el orden de las cosas? ¿Por qué jugar con la vida y la muerte? ¿De verdad ese con el que hablaba todos los días era Andrés, o era todo una ilusión a la que se quería aferrar desesperada?

Pero ya no había marcha atrás.

Jamás debió haber transferido una copia de la mente de Andrés al disco duro.

Hasta que la muerte nos separe

Ismael Rodríguez Laguna

Me había enamorado y sentía que estaría con ella para siempre.

—Tengo que contarte algo —me dijo ella al poco tiempo.

Podría haberme dicho que estaba casada y tenía cuatro hijos. Podría haberme dicho que era la líder de un grupo terrorista. Podría haberme dicho que tenía una parafilia rara con los Pokémon. Lo que no me esperaba es que me dijera:

—Soy inmortal. Bueno, no literalmente... Si me cae un piano encima, moriría, claro. O podría morir de algo infeccioso, supongo. Quiero decir que no puedo morirme de vieja, no envejezco.

No, eso no me lo esperaba. Le pedí que, para demostrarlo, me contase algún hecho muy antiguo, algo del siglo XII por ejemplo.

—Soy inmortal, pero mi memoria no es infinita.

Eso no lo entendía.

—Pues no, ni siquiera recuerdo ningún hecho concreto de aquella época que pueda contarte. No recuerdo nada de entonces. De hecho, puede que ni siquiera haya vivido esa época. Que sea inmortal no significa que lleve aquí desde el *big bang*, o desde la época del primer ser humano, o algo así, qué tontería. Pude haber nacido hace solo cincuenta o cien años, por ejemplo. Podría ser así, pues de hecho no recuerdo cuando nací.

Pero entonces, ¿cómo podía saber que era inmortal?

—Simplemente lo sé. Sé lo suficiente como para poder afirmar que no envejezco. Y si sigues conmigo más tiempo, tú también podrías llegar a saberlo por ti mismo, pues tú también podrías volverte inmortal a mi misma manera.

¿Así que aquello era contagioso? Bueno, no parecía una mala cosa de la que contagiarse.

—De hecho, también podría funcionar en la dirección contraria, pues otra posibilidad sería que tú me volvieras mortal a mí. Si estamos juntos suficiente tiempo, necesariamente tendrá que ocurrir una de las dos cosas.

Vaya, qué mitológico: la diosa que podría convertirse en mortal como castigo por unirse a un simple mortal. ¡Épico! ¡Maravilloso!

—Pero tampoco lo veas como que me arriesgo a una pérdida inconmensurable por estar contigo. No pienses que dicha eventualidad me privaría de sentir yo misma la vivencia de unos hipotéticos infinitos años por delante. No funciona así exactamente.

Aquello no lo entendía. Pero bueno, sí que entendía que, o bien ambos acabábamos siendo mortales, o bien siendo inmortales. Vale. Lo importante era que la segunda posibilidad no hacía falsa la frase con la que comencé este relato, y de hecho le daba una nueva dimensión que excedía lo cuantitativo por definición: mi enamoramiento era tal que sentía que deseaba estar con ella *para siempre*, incluso aunque aquello no acabase siendo simplemente una forma de hablar.

—Eso no será posible, no podremos estar juntos para siempre.

Conocía y comprendía aquello que se dice de que la pasión se acaba antes o después, no era un ingenuo. Pero sentía que nuestro amor, el nuestro *en particular*, sí podría ser eterno. ¿Por qué no? Nos idolatrábamos siempre, nos admirábamos siempre y nos sorprenderíamos siempre. Sin ir más lejos, que tu pareja te diga que es inmortal dejaba el listón muy alto en eso de sorprendernos, sin duda aquello prometía.

—Lo que dices es muy bonito y yo también lo *siento* así, pero no funciona así. Aunque pongamos todo de nuestra parte... simplemente tendrá que acabarse. Ya lo entenderás.

Pero no lo entendía.

Los meses siguientes fueron maravillosos. No parábamos de conocernos y de conocer el mundo a través de los ojos del otro, de compartir rutinas que no resultaban tales y de hacer el amor. Llegué a preguntarme si podríamos llegar a tener hijos.

—Si acabásemos siendo ambos inmortales, no. Si finalmente fuéramos mortales, sí.

Sin saber muy bien qué mecanismo regía esa regla, veía que aquello tenía sentido después de todo: los inmortales no deberían poder reproducirse, so pena de poder acabar convirtiendo todo el planeta antes o después en una grotesca manta continua de inmortales, una amalgama caótica de cuerpos inmortales aplastados unos contra otros. No era difícil imaginarlo.

Un día me miré al espejo y me extrañé muchísimo. Tenía los ojos azules. Recuerdo que me habían dolido durante los días anteriores. ¿Dónde estaban mis ojos marrones de toda la vida?

—Ya ha comenzado.

¿El qué? ¿Lo de que yo me vuelva inmortal? ¿O lo de que tú te vuelvas mortal?

—Todavía no se sabe, pero ya ha comenzado.

Otro día, noté que ella se había puesto morena, pero no había tomado el sol. ¿Cómo era posible?

—Es porque tú eres más moreno de piel.

¿Cómo?

Luego, tras notar durante unos días una inexplicable inflamación en mis orejas, éstas se separaron ligeramente, volviéndose como las de ella. Después, las manos de ella se hicieron un poco más grandes, como las mías. ¿Qué significaba aquello?

—Ser inmortal no significa *no cambiar*. Piénsalo, no cambiar resultaría *mortal* en un mundo donde todo lo demás cambia. Digamos que los mortales, como grupo, cambiáis de manera discreta: muere una generación y es reemplazada por la de sus hijos, que es diferente, y así sucesivamente. Pero los inmortales cambiamos de manera continua: somos los propios individuos los que cambiamos poco a poco. Los mortales tenéis el instinto del sexo para premiar la reproducción y así poder crear a la generación siguiente, la del cambio. Vuestros nuevos individuos son mezcla de otros dos, sus progenitores. Así la especie se mezcla y cambia. Pero los inmortales tenemos el instinto del sexo para premiar la mezcla

directamente, para cambiar *en vida*. Con el contacto físico y el sexo, nos mezclamos.

¿Cómo? ¿Cómo había llegado la naturaleza a crear un mecanismo tan sorprendente?

—En realidad no es tan raro, todo el mundo sabe que hay bacterias que siguen funcionando así. De hecho, dicha forma de cambiar es más antigua, es previa a la invención del sexo: una bacteria introduce un cilio en otra y, como si fuera un virus, cambia algunos genes en el núcleo de la segunda bacteria, todo ello en vida. Así logra que en adelante ésta se parezca más a aquélla. Si lo comparamos con dicho mecanismo, la única diferencia de mi forma de cambiar, de la de todos los inmortales como yo, es la presencia del sexo, que compartimos con vosotros. De hecho, no debería hablar de nosotros y vosotros, pues somos la misma especie y nos mezclamos entre nosotros, a vuestro estilo discreto o a nuestro estilo continuo. La única diferencia está en algunos genes.

Pero, ¿cómo puede cambiar un órgano *en vida*?

—No soy bióloga, pero digamos que es como un cáncer controlado. Además, durante varias oleadas, las células pierden su diferenciación y vuelven al estado de células madre, para después volver a poder reprogramarse con su nueva forma, con su nueva genética cambiada. Creo que es algo así.

Todo aquello continuó: adopté su complexión, ella mis labios, yo su color de pelo, ella mis dientes. Todos los cambios iban acompañados de algunos días de inflamación en las zonas afectadas. También me dolía el cuerpo por dentro, pues obviamente muchas de mis vísceras estaban convirtiéndose en copias de las de ella, o mezclas de las de ambos, o lo que fuera que implicasen esos genes suyos que estaba adoptando mi cuerpo.

Entonces empezó la fase *borrosa*. Mi mente empezó a tener lagunas, empecé a olvidar hechos de mi infancia, perdí habilidad al volante. Para mi decepción, esto no iba acompañado de recibir alguna de las habilidades o conocimientos de ella, no aprendí a tocar la guitarra ni heredé sus conocimientos de arte. Tampoco ella heredó ningún conocimiento o habilidad míos,

simplemente olvidaba cosas y se hacía más torpe como yo.

—El proceso de adoptar algunos aspectos del sistema neurológico del otro, y en particular de su cerebro, tiene ese efecto que estás observando. Se desencadena al morir unas neuronas y nacer otras nuevas en su lugar. De hecho, debes saber que dicha pérdida de información en tu cerebro es irreversible. Volverás a conducir bien si vuelves a practicar, pero no porque lo recuerdes, sino porque vuelvas a aprenderlo con nueva práctica. No volverás a recordar las fases de tu infancia que olvides, pues no volverás a vivirlas. En algún momento empezarás a perder vocabulario o habilidad gramatical al expresarte, y sólo podremos seguir hablando porque seguiremos practicando el habla cada día. No se nos olvidarán a ambos las mismas palabras a la vez, así que cada uno aprenderá las palabras olvidadas del otro.

Todo esto me resultó inquietante. De hecho, aquel efecto colateral me parecía un grave fallo de todo ese mágico proceso de mezcla mutua. ¿Por qué no mantener la memoria propia? O al menos, ¿por qué no recibir recuerdos del otro?

—No sería bueno. Tienes otro esqueleto, así que tienes que aprender a andar de otra forma que armonice con él. Tienes otro estómago, así que tienes que aprender a comer conforme a lo que te pide tu nueva forma de digerir. Tienes que reaprenderlo todo para manejar bien este nuevo cuerpo que ahora tienes. Tampoco sería bueno que, por ejemplo, adoptases en tu mente la manera de andar que yo tenía antes, pues no te estás convirtiendo en mí, sino en una mezcla de ambos, algo nuevo. Tu sistema nervioso y tu cerebro tienen que adaptarse a ello reseteándose por partes, función a función, borrando un recuerdo tras otro, una habilidad tras otra, y creándolas de nuevo con el uso, con vivencias nuevas.

Olvidé las películas que me gustaban, y mis nuevas películas preferidas pasaron a ser las que vimos juntos, que no sabía si había visto antes o no pues las había olvidado. Olvidamos cómo se cocina y volvimos a aprenderlo juntos. Olvidé a mis padres y mi única familia pasó a ser ella. Aprendimos juntos a tocar el piano y a hacer ganchillo. Tras

resetearse, nuestra percepción del mundo pasó a basarse totalmente en las mismas experiencias compartidas, y a ser interpretada por los mismos ojos, oídos, y cerebros moldeados por los mismos genes convergentes. No era de extrañar que desarrollásemos los mismos gustos, incluyendo por ejemplo las mismas opiniones políticas o el mismo estilo musical preferido.

Le vi gracia poética a todo aquello: nuestra fusión llegó a tal punto que estábamos convergiendo literalmente, nos estábamos convirtiendo en uno solo. El objetivo metafórico de cualquier amor idealizado se estaba convirtiendo para nosotros en una realidad literal.

A medida que seguíamos mezclando nuestros genes, nuestro parecido físico se fue haciendo más y más evidente. Éramos la versión en chico y en chica de la misma persona, es como si fuéramos gemelos monocigóticos pero con distinto sexo. Solo el natural dimorfismo sexual humano nos diferenciaba.

Pero, paradójicamente, aquel sumun de fusión física, emocional y mental de dos personas empezó a desencadenar una alarmante carencia de complementariedad. Llegado cierto punto, ninguno de los dos podía conocer una vivencia radicalmente distinta de las del otro, ni ningún punto de vista radicalmente distinto de los del otro. No había nada que aprender uno de otro, ninguna habilidad ni rasgo de carácter que admirar en el otro porque se careciera de él. Aquella fusión entre dos personas, aquella supuesta perfección de unión amorosa por definición, estaba *muriendo* de éxito. Aunque la compenetración en el sexo era fácil de lograr, ver todos los rasgos propios en la pareja acabó dándonos la extraña sensación de que los coitos eran para ambos una manera retorcida de masturbarse. Aquella falta de exotismo ajeno era como un incesto rutinario, un sexo sin tabú, un jugar a ser Edipo o Electra pero sin morbo alguno. Dos que duermen en el mismo colchón, y además mezclan sus genes, y además olvidan todas las vivencias que los diferencian, se vuelven de la misma condición, y de la misma apariencia, y de la misma opinión, y en definitiva se convierten en espejos de literalidad sin osadía alguna para deformar o inventarse nada nuevo.

Nuestra compenetración como pareja era tan precisa que no necesitamos hablar.

—Sí, esto ha terminado.

Así que ella había tenido razón durante todo este tiempo, lo nuestro no podría ser para siempre. Recordé aquella conversación entre ambos que narré al principio de este relato, pero solo pude recordarla porque habíamos vuelto a hablar de ella varias veces después. De hecho, no recordaba nada anterior a nuestra convergencia de lo que no hubiéramos hablado repetidas veces durante la misma.

Así que ahora éramos dos inmortales que deberíamos seguir nuestros propios caminos. Sí, por lo visto yo me había vuelto inmortal, y no ella mortal, y la prueba de ello era que nuestra convergencia se había completado. Ella solo podía contagiarme sus genes y ser contagiada por los míos mientras mantuviera sus propios genes de inmortalidad, pues eran dichos genes los que le permitían mantener activo tal intercambio. Si algunos de los genes que recibió de mí hubieran reemplazado a los que a ella le daban su inmortalidad, entonces la convergencia se habría detenido, y habríamos podido ser una pareja que disfrutase de sus diferencias, con suerte hasta que la muerte nos separase. Pero ella siempre había tenido razón: en ambos casos posibles, con convergencia o sin ella, nuestra relación estaba condenada a terminar algún día de una forma u otra, a no ser eterna.

Sabía que nuestra relación había muerto, pero seguía recordando lo buena que había sido mientras seguimos siendo nosotros mismos. ¿Y si ambos teníamos relaciones con otras personas, lo justo para divergir un poco, y luego volvíamos a buscarnos?

Ella no tuvo que responderme, yo sabía la respuesta tanto como ella (qué tiempos aquellos en los que tenía sentido preguntar algo al otro). Para volver a sentirnos atraídos el uno por el otro, nuestra divergencia tendría que volver a hacernos significativamente diferentes, y en cualquier caso dicha divergencia nos convertiría en otras dos nuevas personas con otro aspecto y otras formas de ver el mundo, en ningún caso en las que fuimos y de las que respectivamente nos enamoramos locamente. Algún día, tampoco

recordaríamos ya que esta relación que acabábamos de terminar había sido un día tan maravillosa, pues ya no habría nadie para recordárnoslo. Si seguíamos siendo inmortales, seguiríamos muriendo en cada nueva relación, en cada nueva mezcla, convirtiéndonos sucesivamente en nuevas personas.

Y así terminó aquel amor que un día fue el más maravilloso de todos.

No sé cuántos años han pasado desde que escribí todo el relato anterior. Solo sé que, por algún motivo, relación tras relación, mezcla tras mezcla, siempre guardo estas páginas conmigo. No recuerdo detalle alguno de todo aquello pues fui otra persona cuando lo escribí, así que solo conozco esa historia por lo que narran sus palabras. Y sin embargo, añoro sentir aquello de lo que hablo, aquello que no puedo recordar porque soy otro.

Si *ella* ha seguido siendo inmortal igual que yo desde aquellos días, entonces tiene que estar ahí fuera en algún lugar, aunque no sea ella, igual que yo no soy yo. Sé que ella también debió decidir escribir su propio relato, pues yo lo hice. Es probable que ahora también conserve dicho relato suyo con ella, pues si la historia que les he narrado antes resultó lo suficientemente convincente como para que yo mismo la conservara a pesar de las veces que habré cambiado desde que lo escribí (imposible saber cuántas), su propio relato de aquella historia, que debe ser esencialmente el mismo, probablemente le haya cautivado de la misma manera. Por eso veo probable que ella añore, igual que yo, aquel amor que tuvimos juntos, del que tampoco podrá recordar nada y que solo podrá imaginar leyéndose a sí misma, igual que yo.

Si ambos seguimos siendo inmortales, algún día encontraré a la chica que escribió su propia versión de esta misma historia.

Y sospecho que, igual que yo ahora, cuando nos encontremos, seamos como seamos, desearemos estar juntos.

La abominación desoladora

Ricardo Giráldez

Esos son los que vienen de la gran persecución.
(Apocalipsis, 7,14)

La quebrada silueta del anciano emergió silenciosa, como florecida de la nada; un jirón de carnes y de ropas desdibujadas por el viento, interrumpiendo la perfecta línea que trazaba el horizonte en aquel paisaje desolado.

Los dos niños la contemplaron un instante. Y luego:

—¡Abajo! —encareció el mayor—. ¡Es un anciano!

Y ambos se echaron al punto al suelo, hasta morder tierra y paladear polvo. Esa visión silueteada en la lejanía había sido para ellos como recibir una puñalada de horror en el vientre. Quedaron así un momento: inmóviles, pálidos y sudorosos, con la respiración rota en incontables y agitados espasmos. Y no fue hasta haber superado aquel primer ramalazo de estupor, que los dos niños comenzaron a arrastrarse con lentitud, encogidos como dos caracoles que buscaran su caparazón en el promontorio rocoso más cercano.

Permanecieron un largo rato con las espaldas apretadas contra la escabrosa superficie de piedra hasta hacerse daño, a medias incorporados sobre el fino polvo mineral. El miedo estaba latente como un palpito helado, cortando la mudez del paisaje, y su pulso firme era el compás que contaba los segundos en esa medida de angustia interminable... Al cabo, fue el más pequeño quien susurró:

—¿Crees que nos haya visto?

—No, no lo creo —respondió una voz que ya sonaba adolescente—. Los viejos no ven bien a larga distancia.

Pero faltaba convencimiento a esas palabras, y el niño, que era sensible a la menor oscilación en el tono de su líder, pudo advertirlo.

Pasaron unos minutos de intenso nerviosismo aún, durante los cuales cada uno pudo oír la respiración del otro. Agria y cruel se extendía la espera como una insoportable agonía. Hasta que el menor de los chiquillos, de apenas unos diez años de edad, sin poder contenerse, echó un vistazo por sobre sus espaldas, arqueando largamente el cuello.

—Viene derecho hacia aquí —dijo sobresaltado.

—Pero, ¿qué haces, tonto? —lo reprendió el otro tironeándolo de las raídas ropas—, ¿quieres que nos descubra? No vuelvas a asomar la cabeza, ¿me oyes?

Pero el pequeño era ya presa del temor:

—Está a tiro. Podrías dispararle.

—No. Los viejos nunca andan solos. Bastaría un solo disparo y en cuestión de segundos tendríamos sobre nosotros una manada de ellos. Además... me queda poca munición y hace tiempo ya que no hallamos suministro.

—¿Qué haremos entonces?

—Por el momento, esperar en silencio. Seguramente seguirá de largo.

Pero inútil reprimir el miedo; sobre todo cuando a las palabras que debieran atenuarlo les falta la convicción. Y tal era el caso:

—No debimos haber salido a campo abierto.

—Es tarde para eso. Había que buscar comida y tú eras el que más se quejaba. Y ahora a callar. Huele ya a viejo.

En efecto, el anciano ya estaba a unos pocos pasos de ellos. Arrastraba los pies con tal pereza que se hubiera podido intuir que no le importaba ser advertido, o que no le quedaban fuerzas para intentar evitarlo. Pronto un cercano crujido de pedruscos, torpemente pisoteados, delató su inmediatez, y el mayor de los muchachos no lo dudó: de un salto furtivo se irguió sobre las piernas al tiempo que un revólver florecía gigantesco en sus juveniles manos.

—¡Quieto! —exclamó encarándose con el anciano—. Ni un paso más o disparo.

Temblaba el revólver entre los dedos crispados del muchacho; pero toda la firmeza que faltaba en los nervios, se condensaba en

unos ojos impávidos que parecían de hielo: allí había una frialdad y resolución extraña para su corta edad. El viejo se detuvo al punto; ya había visto esa mirada antes. Conocía el peligro que podía conllevar desafiarla. Los niños estaban siempre prestos a pasar de la amenaza al acto sin mediar transición alguna. Ante ellos nunca sobraban los recaudos. No obstante, aunque consciente del riesgo que corría, no se mostró sorprendido; como si la actitud del muchacho fuera para él una respuesta esperada.

Enmarañados y muy blancos le caían los cabellos a ambos lados del rostro enjuto, confundidos con una barba cenicienta que parecía ser la continuación de la cabellera y que avanzaba muy largo por sobre el pecho ya vencido. Sus ropas eran indignos harapos y dejaban ver unas carnes flácidas a través de los muchos jirones; carnes arremangadas en infinitos pliegues y repletas de manchas desagradables. Bajo las cejas muy pobladas e irregulares, la mirada legañosa y profunda expresaba un cansancio sin tiempo.

—No teman —balbució—. No tengo intenciones de hacerles daño.

—Ya lo creo. Todos los viejos dicen lo mismo.

—Pues éste les habla en serio. No estoy armado. Pueden revisarme.

—Tú, quizás. Pero los que aguardan escondidos...

El anciano meneó la cabeza:

—Estoy solo.

—¿Solo? Los viejos andan siempre en manada.

—Yo no, créanme.

—¿Creerle a un viejo? ¡Ja! Eso sí está bueno... Y seguramente nos seguías de curioso nomás...

El apergaminado rostro del anciano se contrajo aun más, y sus arrugas se perdieron en lo recóndito de las carnes. Al igual que los niños, tenía miedo y no podía quitar los ojos del revólver que le apuntaba. El miedo parecía ser la única realidad en ese mundo de ceniza, la única llama vital que seguía ardiendo entre los escombros carbonizados de la civilización, y acaso la sola diferencia entre esas criaturas emergentes de las ruinas era lo que cada cual

podía hacer con sus miedos.

—No —balbuceó—, pero mis intenciones son buenas.

—No hay buenas intenciones en los viejos.

Cada vez temblaba más el revólver ante la tensa mirada del hombre barbado, y el agujero del cañón, como una boca negra y abierta, parecía a punto de escupir una lengua de fuego destructor. El muchacho no podía evitar que sus dedos bailotearan en el gatillo, y temiendo se confundiese ello con falta de resolución:

—Si crees que no me atreveré a disparar, te advierto que no sería la primera vez que matara a un viejo, y que seguramente no será la última.

Una bocanada de viento áspero estremeció el aire en aquel momento, y el silencio pareció gemir sordamente a todo lo largo del páramo solitario.

—No lo dudo, muchacho, no lo dudo —suscribió el anciano—. Y sé que no te habrán faltado motivos. Pero en esta ocasión cometerías un error.

“Un error”. El muchacho, en efecto, vacilaba; las sirenas de alarma que desde hacía un buen rato aullaban en su cabeza emitían sonidos confusos. Aunque no sabía qué era, algo en esa situación se presentaba de carácter inusual. Algo en el rostro del viejo, sí, reprimía sus furias; nunca antes le había ocurrido lo mismo de cara a un anciano, nunca antes se había permitido el lujo de la duda. Ese rostro benevolente, aunque acribillado de arrugas, casi que le inspiraba confianza. ¿Por qué? No lo entendía; era tan solo un palpito vago. No obstante, el pequeño no experimentaba las mismas vacilaciones y ya se impacientaba; el temor lo corroía por dentro como una sangre infecta y bullente:

—Mata al viejo de una vez, Ángel.

—¡Tú te callas, mocosito! —le gritó el muchacho apartando al pequeño de un empujón, aunque sin quitar la mirada del anciano a quien seguía apuntando con el revólver—. No estás tú para decirme lo que yo debo hacer —y dirigiéndose otra vez al supuesto antagonista—. Y bien, viejo, dime de una vez por qué andabas siguiéndonos si no

estás de cacería con tu manada. O te explicas o te mueres.

—Una niña —masculló diligentemente el anciano—. Tengo una niña bajo mi protección... y... y estoy muy enfermo...

El muchacho reunió ambas manos en el pomo del revólver; también él se estaba impacientando:

—Los viejos no cuidan niños —sentenció—, solo los matan.

Este atisbo de determinación en el joven hizo que el anciano se creyera ya perdido. Su cuerpo esquelético se sacudió convulsamente por un acceso de tos y una burbuja de sangre le reventó en los labios al intentar aclarar:

—Es que esta niña es mi...

Pero no pudo concluir la frase. En ese preciso momento, y de modo inesperado, un grito providencial llegó en su auxilio:

—¡Padre!

Entonces todas las miradas se encauzaron hacia el sitio de donde parecía provenir la voz, y allí fue que *la* vieron. Corría agitando un brazo en alto, en dirección al grupo, y podía advertirse en el rostro y actitud de la joven una gran desesperación. Sumaría unos trece años todo lo más, como no tardó el mayor de los chiquillos en constatar; era una criatura que, bajo los cabellos de oro que flameaban al viento, resplandecía como un sol en aquel escenario nebuloso y funerario. Un capullo de mujer todavía, sí; pero que ya comenzaba a abrir sus fragantes y exquisitos pétalos. Y al verla, de súbito, el muchacho bajó el revólver en un gesto involuntario, como si aquel mismo que a punto estaba de cosechar muerte se sintiera rendido ante tal explosión de vitalidad.

—Es mi hija —completó sofocado el anciano la frase que había dejado interrumpida momentos antes.

Y apenas decir esto, se estrechaba ya la joven contra él, en un abrazo conmovedor.

—¿Qué haces aquí, pequeña? Te dije que aguardaras en el refugio hasta que volviese.

Pero ella, sin poder apartar los ojos del revólver que empuñaba todavía el mayor de los muchachos:

—Lo sé, padre, lo sé; pero no pude evitar

seguirte. Tuve un mal presentimiento. Y tú sabes que mis presentimientos rara vez se equivocan.

El anciano no pudo regañarla; definitivamente en esa niña, como en todas las niñas, había algo de sibilino; y así, con una de sus manos ásperas, en un gesto tierno, secó las lágrimas que brotaban abundantes bajo la dorada cabellera. Luego, dirigiéndose a los chicos:

—¿Comprenden? Por eso los estaba siguiendo. Hace ya tiempo que estoy enfermo, muy enfermo, y temo lo que pueda ser de mi querida hija cuando yo...

—¡Ni lo pienses, padre! Ni lo pienses.

El anciano se contuvo en una mirada indulgente. Por un momento hasta el viento pareció hacerse eco de su silencio. Las piedras resacas de polvo semejaron enmudecer también y bajo aquel cielo agreste todo fue sosiego. Tras una breve pausa:

—Vivimos aquí cerca —indicó el anciano—, en un refugio que yo mismo construí antes de que cayera la lluvia de ceniza. Si aceptasen acompañarnos y recibir nuestra hospitalidad, les aseguro que allí estarían a salvo y comerían bien... Estoy hartamente abastecido. Además... pronto caerá el último sol y no necesito decirles lo peligroso que resultaría para ustedes andar al descubierto.

Las palabras sonaron a oídos del que había sido llamado "Ángel" por su compañero, casi inaudibles. Desde el arribo de la muchacha, no había podido quitar los ojos de ella. Nunca había visto nada semejante. Nunca creyó que pudiesen existir criaturas similares. Sentía fluir su sangre de un modo acelerado al tiempo que constataba que su cerebro caía en una dulce languidez. Y todas estas sensaciones eran nuevas para él. De hecho, sus sentidos se vieron de pronto asaltados por sabores, aromas y tibiezas indecibles, tan gustosas como punzantes. En cuanto al pequeño, todos sus temores y deseos homicidas se habían disipado apenas oír hablar de "comida". Sí, fue el corazón y el estómago los que movieron a uno y a otro, respectivamente, a aceptar aquella inesperada invitación. Quizás se tratase de una imprudencia de su parte. "Confiar en un viejo": nunca lo habían hecho con anterioridad, y acaso por ello mismo

continuaban vivos. Sí, quizás estaban a punto de cometer un gran error... El peligro estaba latente en el aire todavía. Pero qué no resultaba peligroso en un mundo donde todo estaba sometido a continua amenaza.

Caminaron en silencio, respetando el lento andar del anciano, por ese desierto pedregoso y gris, barrido de continuo por un viento helado que gastaba las pieles y estremecían los huesos, hecho de polvo acre y de cenizosa muerte. Cada tanto algún resto de la extinta civilización emergía a ambos lados del trayecto. Algún automóvil tumbado, mordido por la herrumbre, despojado de toda pieza útil. Algún fragmento de carretera desusada e inservible. Alguna ruinosa vivienda que, cual un fantasma de cemento emergido de su tumba de ceniza, contemplaba al grupo insensiblemente al través de sus ventanas sin cristales. Todo ello eran los restos fósiles de una civilización devastada. La ceniza tóxica, caída desde el cielo años atrás, como un polvillo venenoso, casi había sepultado hasta el último vestigio de lo vivo y lo no vivo. Solo quedaban sobrevivientes, meros sobrevivientes, cuya única expectativa era atravesar cada jornada como mejor pudieran. La marcha se prolongó durante poco más de una hora, hasta que cercanos a las ruinas de lo que semejaba haber sido en otros tiempos una morada:

—Allí —señaló el viejo, con el brazo extendido—. Allí, bajo esos escombros, está el refugio.

Piedra sobre piedra, ceniza sobre ceniza y un viento áspero arrancando postreros gemidos a lo ya extinto. Tal era el invariable paisaje de ese mundo miserable. La tierra parecía una carcasa vacía que de la vida solo atesoraba la reliquia del músculo vencido.

Cuando llegaron al sitio que había señalado el anciano, el sol era ya una llaga muerta al límite de un cielo enfermo, y bajo las sombras que reptaban por el suelo el día comenzaba a diluirse en otro ayer sin memoria. Entonces, la silueta barbada se inclinó con dificultad sobre sus débiles piernas; tanteó a gatas la cobertura de deshechos y pedruscos diseminados caprichosamente a sus pies, y luego, atenazando con sus dos manos una gran argolla de hierro, a la que las últimas luces

quitaron acerados destellos, tiró con todas sus fuerzas de ella.

Ante la suspensa mirada de los muchachos, un gran hoyo negro bostezó bajo las primeras estrellas; fue como la revelación de un secreto celosamente guardado en lo profundo de la tierra. El socavón tenía el justo diámetro para el paso cómodo de una persona por vez, aunque su desembocadura se hacía insondable por mucho que se aguzara la vista.

—Abajo está nuestro mundo —indicó el anciano—. Es un mundo subterráneo pero que no presenta peor aspecto que el de la superficie. Allí, al menos, tendrán techo y comida por esta noche. Mañana dependerá de ustedes.

Los muchachos se miraron con mal disimulado recelo. El mayor, sobre todo, vaciló nervioso ante aquel abismo negro abierto sobre el misterio. “Meterse en esa cueva sonaba cuando menos a locura”. Mas en eso sus ojos se toparon de nuevo con los de la hija del anciano, y la joven le sonrió. Fue un gesto apenas perceptible, mas lo suficientemente elocuente como para decidirlo. Acaso una sonrisa como esa bien valiera la bajada a aquel extraño submundo, aun cuando se tratase del mismísimo infierno.

De uno en uno, pues, fueron deslizándose, con sumo sigilo, a través de una escalera adherida al bloque de cemento que recubría la excavación. Todas las respiraciones se hicieron una única respiración dentro del estrecho conducto mientras duraba el descenso. Hacia el fondo, un amarillo ojo de luz parpadeaba débilmente. Los jadeos fueron multiplicándose a lo largo del pasadizo tubular de modo ininterrumpido, hasta que, salvado el último peldaño, algo sofocados, los muchachos se encontraron a su turno en medio de una sala lo bastante amplia y confortable como para inspirar sensaciones placenteras. Sin embargo, tuvieron que transcurrir unos cuantos segundos para que ambos acostumbraran los ojos a la luz después de atravesar el tenebroso socavón. Cuando así lo hicieron, lo primero que hirió su curiosidad fue comprobar que, a todos los lados, desde el suelo hasta la abovedada techumbre, los muros del habitáculo estaban cubiertos por repisas abarrotadas de latas de conserva dispuestas con orden en sus estantes. La visión

fue como asomarse al paraíso. Había allí, en efecto, suficiente comida como para alimentarlos durante varios años, y “varios años” era una medida de tiempo eterna en aquel mundo donde se vivía bajo continuo apremio. Los chiquillos no pudieron evitar pensar en esto mientras contemplaban la multitud de latas con avidez. El viejo no los había engañado. El insólito escondrijo, que se perdía hacia un extremo lateral en una suerte de galería penumbrosa, no sólo estaba bien provisto, sino amueblado con todo lo necesario para hacer la vida confortable. Era, de hecho, lo más parecido al hogar que hacía mucho tiempo habían dejado atrás. En lo alto del techo, solitarias, tres bombillas de mediano tamaño tejían la tenue atmósfera que los envolvía con su agradable telaraña de luz.

Al reparar en esto último, Ángel preguntó al anciano:

—¿Cómo obtienes la electricidad?

—Mediante aquella bicicleta fija que puedes ver en el rincón.

El mayor de los chiquillos recordaba lo que era una bicicleta y la excitante sensación de ir cortando el viento montado en ella. Sin embargo, ese trasto que tenía ante sus ojos, no se parecía mucho al objeto evocado. Advirtiendo la desconfianza de ambos jóvenes:

—No es una bicicleta de paseo, si es eso lo que los desconcierta —precisó el anciano, con acento bonachón—. Se trata en verdad de un dispositivo ideado con otra finalidad. El aparato posee un generador que permite, gracias al movimiento del pedal, almacenar energía dentro de una batería. Se oye complejo pero es bien sencillo, y además un recurso bastante primitivo. Tan solo una hora de pedaleo por la mañana y mi hija y yo tenemos luz durante varios días. Y si bien es cierto que la bicicleta no nos lleva a ninguna parte en sentido estricto, basta a veces cerrar los ojos, cuando uno está montado en ella, para dejarse llevar, si no por las ruedas, al menos por la imaginación.

Ángel se quedó contemplando el artefacto boquiabierto. Nunca hubiera imaginado que pudiesen darse tales prodigios. “Una bicicleta que generaba luz”. El menor, sin embargo, no estaba tan interesado en artefactos milagrosos como en las muchas

latas de conserva que exhibían las estanterías, y que devoraba ya con la mirada. Ello sí que se le figuraba todo un prodigio.

Al reparar en esto, el anciano sonrió:

—Tomen asiento, muchachos. Deben estar cansados y hambrientos. Les prepararé algo de comer y después, con mejor disposición de ánimo, podremos conversar.

Los chicos no se lo hicieron repetir. Llevaban casi un día de marcha inútil en busca de raíces comestibles y estaban extenuados. No obstante, en Ángel los sentidos continuaban alertas, y cada tanto, para sentirse más tranquilo, palpaba el frío revólver que llevaba al cinto.

También la hija del anciano tomó sitio en la mesa junto a ellos. Se llamaba “Clara”, según la había presentado el padre, y Ángel no podía evitar que sus ojos recayesen una y otra vez sobre los de ella. Tenía la joven unos labios turgentes y encarnados y las mejillas eran del color de aquellos amaneceres previos a la ceniza. Chispeaban en su mirada destellos capaces de iluminarlo todo, como si dentro de esas radiosas cuencas hubieran quedado atrapados pequeños fragmentos de los viejos soles. Además, no estaba sucia como todo en ese mundo mugroso y hediento, y sus vestidos, aunque remendados muchas veces, estaban lejos de semejar andrajos. Cuanto más la contemplaba de reojo, más descubría Ángel sentimientos nuevos y extraños. Una confusión de impresiones y agitaciones intestinas lo sacudían. ¿Qué era ello? No podía saberlo. La muchacha no solo se veía diferente; olía distinto y su olor lo atontaba con dulzura. Imposible decidir si todas esas sensaciones le agradaban o mortificaban; solo sabía una cosa: que era imposible reprimirlas o ignorarlas. En cuanto a Clara, conforme a su natural femenino, sabía hacerse observar a capricho, y, sin que nadie lo notase, observar a su vez a discreción.

Cuando el anciano apareció con una cazuela humeante que olía a mil maravillas, a ambos muchachos se les salieron los ojos de las órbitas. Por un momento, Ángel se olvidó de Clara y de su revólver; se sintió transportado a los días de su niñez cuando esos festines culinarios no eran raros. Y bastó solo que el dueño de casa apoyara la cazuela en el centro de la mesa para que los famélicos

chicos se lanzaran sobre el alimento sin reservas. Era el instinto que se desataba incontenible.

A poco de verlos llevarse a la boca, con tal avidez, un bocado tras otro, Clara miró a su padre admirada, y éste respondió sonriéndole con complicidad. Esos comensales estaban en verdad hambrientos, no cabía duda; difícilmente recordaban lo que era comer de veras, y de fijo que si se hubiera podido indagar bajo sus andrajosas ropas, se habría descubierto un trazado de huesos fácilmente visible al través de las delgadas carnaduras. Sí, el anciano sonrió a su hija con indulgencia y les dejó hacer a los chicos complacido. No pondría ninguna objeción a aquel apetito de fieras. Poco le importaba que en una noche ellos dieran cuenta de lo que a su hija y a él podría haber alimentado durante varias jornadas. Precisaba ganarse la confianza de ambos. Tenía sus planes al respecto. Y conocía que a los niños se los conquista por el estómago antes que por cualquier otra cosa. Claro que Ángel no era ya un niño, sino todo un adolescente, y, acaso, en algún aspecto, incluso un hombre; pero para ganarse la voluntad de éste último disponía de un recurso con mucho más poderoso que una buena cena, a saber: la bellísima Clara. ¿Era por ello que contemplaba con satisfacción las profusas miradas que, entre bocado y bocado, lanzaba Ángel a su hija?

Tan pronto como los muchachos dieron cuenta del banquete, sin dejar una sola migaja en el plato, la conversación se inició. Esta vez le tocó a Clara traer, desde la improvisada cocina, la jarra con el café. El pequeño nunca había oído hablar de tal brebaje, y, receloso ante su oscura coloración, lo olisqueó un buen rato por sobre la taza en que se lo sirvieron. Ello hasta ver que Ángel bebía de la suya con deleite.

—Hacía tiempo que no veía comer con tamaño apetito —les dijo el anciano con una sonrisa apenas insinuada bajo la espesa barba.

—Hacía tiempo que no comíamos así —replicó Ángel—. ¿Cómo es que cuentan con tanta provisión de alimento?

—Supe ser precavido. Eso es todo. La ceniza, que al mundo tomó por sorpresa, no fue tan sorpresiva sin embargo. Su amenaza había estado latente durante muchas décadas,

solo que nadie quiso oír las advertencias. Un hombre puede mostrarse sabio a veces; la humanidad, casi nunca.

—He oído algunas historias al respecto; me refiero a los motivos que ocasionaron la lluvia de ceniza. Pero nunca logré sacar nada en limpio.

—¿Y qué has oído?

—Un poco lo que mi padre me contó antes de morir, y otro poco también lo que los adultos me confiaron antes de que solo quedásemos niños en nuestro grupo de sobrevivientes. Según parece los hombres fueron los responsables de la hecatombe. Los hombres y sus máquinas.

—Pues créeme que entonces sabes todo cuanto hay que saber.

—Pero no logro entenderlo. ¿Por qué los hombres ocasionarían su propia destrucción?

El anciano tosió. Esta vez no hubo sangre en los labios, sin embargo en el rostro huesudo pareció profundizarse el cansancio:

—Esa es una buena pregunta muchacho, para la cual lamento tampoco tener una respuesta. No hay mayor enigma en la naturaleza humana que el que acabas de plantear. Digamos, tan solo para intentar echar alguna luz sobre incógnita tan esquiva, que la indiscriminada explotación del planeta a manos del hombre y su máquina, realizada a escala global, ofrecía, a la par que consecuencias nefastas, ventajas muy provechosas. Al menos en un principio. Y puesto que las ventajas eran inmediatas y las consecuencias se sabía habrían de pagarse a largo plazo, se priorizó el presente y se subestimó el futuro. Después de todo, los que se aprovechaban de la explotación y el saqueo de los recursos naturales del planeta no eran los que deberían asumir el costo postrero, sino sus descendientes.

—O sea nosotros.

—En efecto, muchacho. O sea ustedes.

Se hizo un grave silencio en la habitación. El mundo, aun en sus miserias, resultaba difícil de comprender. Ángel acababa de hartarse de comida y había sentido una maravillosa sensación al hacerlo; una voluptuosidad rayana en el delirio. Quizás valiera la pena destruir un mundo para gozar

de placeres similares. Sí, acaso esa fuera la respuesta. Tal vez él habría hecho lo mismo que sus antepasados con tal de atiborrarse como esa noche. No obstante, quedaba algo que no podía comprender. De hecho, algo que nunca había comprendido pese a ser la característica más perentoria de ese mundo de ceniza.

—Pero... ¿por qué entonces los ancianos nos matan? ¿De qué nos culpan? Somos nosotros, los "descendientes", tal como acabas de llamarnos, los que debiéramos odiarlos a ellos y pedirles cuentas por hacernos pagar el precio de sus muchas glotonerías.

El rostro del anciano se puso serio entonces, y bajo las espesas cejas parpadearon los ojos con fatiga. De hecho, parecían estar apagándose, como si un telón de negrura se estuviese descolgando pesadamente sobre esa mirada que comenzaba ya a presenciar los últimos actos de una larga existencia. Contempló al muchacho unos momentos aún, desde el fondo de esa obscuridad... Y luego:

—Creo que esa es una pregunta que sí puedo contestar, Ángel, aunque se trate la mía de una triste respuesta. Los ancianos no ven en los niños sino a ellos mismos. Expían sus culpas en ustedes. Se saben malditos por haber traído la desgracia sobre el planeta y quieren acabar con el mal desde su simiente, antes de que esta humanidad diezmada recupere fuerzas y torne a su destructiva labor. Ustedes son la simiente; ustedes son, para ellos, la semilla del mal. Los ancianos quieren acabar sus días seguros de haber expiado sus errores. Y mientras haya un niño con vida en este mundo no tendrán paz. ¿Entiendes? Han tomado la resolución de liberar al planeta del que ellos consideran su peor enemigo, la mayor de sus plagas: el hombre.

—¿Y tú?

El añoso barbado había previsto la pregunta antes de oírla:

—Yo... no puedo culparlos... Comprendo sus temores y entiendo sus razones. Mirado desde la óptica de los ancianos, su locura homicida no parece tal.

—La óptica de un anciano como tú.

—Sí, es cierto... Yo soy uno de ellos... Solo que...

Se detuvo para echar un vistazo a Clara. Sentada en su silla, ella se hallaba ya dormida, con los codos apoyados sobre la mesa y el óvalo del rostro descansando entre sus manos. Dormía Clara un sueño de cristal, y se la veía tan frágil en su sueño y tan maravillosa en su abandono...

—Yo la tengo a ella —redondeó el anciano tras este breve intervalo, sin desviar un momento la mirada puesta en su hija—. Yo la tengo a ella y me basta contemplarla para ver las cosas de un modo muy distinto. Cuando nació mi niña ya estaba yo en una edad en que poco se espera recibir de la vida, tanto menos un hijo. De pronto todo mi mundo quedó reducido a sus infantiles monerías. Era el bebé más hermoso que pueda uno imaginarse. Fue por mi Clara que planeé e hice realidad este reducto. Me llamaron “loco” en su momento; pero yo no desistí en mi empeño, y ya ves que los locos eran ellos, los que desoían los signos de alarma que daba el planeta, aunque yo tenga mi parte en la locura también. Ignoro el extraño motivo por el cual la ceniza únicamente afectó a jóvenes y adultos. Mi esposa, la madre de Clara, pereció bajo la primera oleada. Tan solo los viejos y los niños se mostraron invulnerables a su letal toxicidad, como si la ceniza solo respetara la vida en sus extremos. Aunque tal vez solo se trate de una ralentización en el proceso; quizás todos terminemos cayendo a nuestro turno estrangulados por la ceniza; puede que en los niños y los ancianos la evolución del mal se desarrolle con mayor lentitud, aunque no por ello con menor inexorabilidad. ¡Quién sabe! Solo el tiempo tiene la respuesta a estas cuestiones. En mi caso particular, hace ya más de un año que estoy muy enfermo, y mis energías menguan con cada jornada. No sé si será la ceniza o la edad; pero de todos modos, yo quiero que mi Clara viva. Aun en este mundo condenado y miserable, sujeto a tanta locura y horror, aun cuando la existencia de la especie humana resulte un marcado despropósito y se vea amenazada a cada momento, aun así quiero que mi Clara viva... Sí, esto es lo que me distingue de los ancianos. Entiendo sus temores y razones; pero mi amor por Clara es más fuerte que el gusanillo del remordimiento, más poderoso que todo escrúpulo y toda prevención. ¡Clara debe vivir! No existe imperativo superior a éste. No para mí. Por ello, cuando esta tarde, mientras me

encontraba husmeando los alrededores del refugio en busca de alguna huella sospechosa, cual suelo hacer a diario (ya que los recaudos nunca están de más), apenas avistarlos a ustedes dos a lo lejos tuve de inmediato la idea. Hacía mucho que no veía niños por los contornos. Llegué a temer incluso que ya no los hubiera, ni aquí ni en ninguna otra parte. Temí, sí, que no quedasen ya más niños sobre la tierra... Muchas veces palidecí de horror ante esta fúnebre perspectiva. Pues las batidas de ancianos cada vez son más minuciosas y enconadas. Ellos siempre marchan en grupo y van muy bien armados. No obstante, hace algún tiempo que no escucho detonaciones ni gritos ni jaleos. Como si ya no existiera nadie para oponerles resistencia o para servirles de presa. De aquí mis temores, y de aquí que, apenas verlos hoy, se me ocurriera pensar: “Esos niños, que ya marchan como hombres, quizás puedan cuidar de mi Clara cuando yo no esté”. Y de inmediato salí tras de ustedes. Solo que necesitaba observarlos de cerca, estudiar su comportamiento y disposición de ánimo. Por ello los seguí con cautela, evitando ser descubierto... Lo demás ya tú lo sabes.

Ángel, que había escuchado muy atentamente esta relación, dirigió una mirada instintiva hacia Clara apenas callar el anciano. Con las mejillas apretadas entre las palmas de sus manos, ella seguía dormitando al borde de la mesa, sumida en su sueño de cristal. También el pequeño dormía, reclinado sobre el respaldo de su silla, emitiendo cada tanto un largo respiro. Ambos componían una de esas escenas familiares antiguas, tan típicas en aquel mundo previo a la ceniza, como si no fuera cierto que arriba, en la superficie, todo estaba muerto o descompuesto.

—Yo cuidaré de tu hija —dijo al cabo el muchacho, en tono grave y apoyando su revólver sobre la mesa—. Yo la cuidaré de los ancianos.

El viejo no pudo evitar sonreírse para sí mismo ante ese gesto casi teatral. No obstante, sabía que Ángel hablaba muy en serio y que era bien capaz de cumplir lo prometido, y ante esta halagüeña certeza el semblante del padre recuperó un poco del color perdido.

—Aquí tendrán todo lo necesario para vivir durante un largo tiempo —reanudó

luego—, y acaso para entonces ya no quede en el mundo de arriba un solo anciano. Si tal es el caso, podrán volver a asomarse a la luz del sol y edificar un nuevo hogar sobre la tierra... Quizás para esos días hasta la toxicidad de la ceniza haya menguado... Sí, es muy probable... Muy probable...

Suspiró... y se hizo un silencio... Por un momento el anciano quedó solo y aislado en una grieta de mutismo trazada en torno a su persona, con los ojos abiertos hacia el fondo de su ser. Tantas palabras, tantas emociones, tantos planes lucubrados lo habían dejado en un estado de ensoñación. Permaneció en idéntica postura un buen rato todavía, sumergido en sus propias reflexiones, ajeno a todo estímulo exterior. Cuando despertó de su ensimismamiento y quiso volver a abrir la boca, ansioso ya por poner al tanto al muchacho sobre los mecanismos del refugio, sobre los medios de los cuales se valía él para obtener agua, mantener caldeada la atmósfera, conservar medianamente respirable el oxígeno; cayó en la cuenta de que también Ángel había cedido al sueño.

Se sonrió para sí mismo al constatarlo. Casi había olvidado, mientras hablaban, que aquel muchacho aguerrido no dejaba de ser todavía un niño. Los contempló a los tres unos momentos, maravillado ante la escena. En esa postura de durmientes semejaban todos ellos pequeños ángeles inofensivos... Solo que... ¿lo eran, en verdad? No pudo evitar preguntarse esto mismo en esa hora. ¿Estaba haciendo lo correcto? Al fin y al cabo, esos tres niños eran también las semillas del hombre. ¿Valía la pena salvar a través de ellos a la humanidad? No podía saberlo ni tampoco lo deseaba averiguar. Sus únicos pensamientos eran para Clara y el mañana era un misterio indesvelable. Ni siquiera los ancianos podían echar luz sobre tal misterio, ni siquiera ellos. Aun cuando se tratase del mañana de una criatura tan previsible como el hombre, nadie podía decir nada de cierto. Y sin embargo, algo en lo profundo de su ser, como una voz surgida de sus entrañas, le decía que no había otro destino para la humanidad que propiciar su propia destrucción; que todos los caminos la conducirían siempre a un mismo y cruel desenlace; que todo estaba llamado a acabar en la ceniza; y que, por tanto, todo esfuerzo era vano, que nada tenía sentido.

“Sí”, pensó a su pesar, “tal vez mis esfuerzos sean inútiles... Tal vez incluso esté haciendo un daño más que un bien... Tal vez...”

Pero en eso Clara abrió los ojos; esos ojos suyos tan vivos en los cuales parecían arder tantas hogueras. La muchacha contempló un momento a su padre, algo extrañada por la situación, y luego... simplemente le sonrió. Entonces las hogueras de sus ojos chispearon con viveza y el anciano casi que pudo sentir el calor, el vivificante calor de sus llamas.

“Quién sabe”, volvió a repetirse para sí mismo. “Acaso estas llamas sean la respuesta a la ceniza... del mismo modo que la ceniza es la respuesta a la llama. Acaso todo deba consumirse una y otra vez para renacer una y mil veces más, y no haya más lógica que ésta. Sí, puede que no existan inocentes ni culpables, que la llama y la ceniza sean la única verdad, la sola lógica, la eterna respuesta”.

Perseguidos

Marc Barrio Villegas

Ochoa corrió por un túnel que no conocía el sol. Los aullidos de los zombis resonaban en la garganta de hormigón como un canto gregoriano en una iglesia; mordían el aire, ciegos por la falta de luz, guiados por el chapoteo en los charcos de sangre y vísceras. El aire del túnel, estancado durante años por la falta de ventilación, había absorbido el aroma de quilos y quilos de carne en descomposición. Esas paredes de techo abovedado habían olvidado el sabor de la pulcritud o el canto de la brisa. Ochoa tenía el cuello rígido allí donde un zombi le había mordido el día anterior. La herida no tardó en curarse y dejar una cicatriz azul en la que se distinguían a la perfección los dientes de su agresor. Habría preferido la muerte.

Las piernas palpitaban impulsadas por un corazón desbocado. Allí abajo era difícil respirar y orientarse, no sabía cuán lejos estaba la salida. Corría con los brazos por delante, apartando todo lo que se interponía en su camino, sacando fuerzas de donde no las tenía a cada zancada que daba. Cada vez que bajaba el ritmo los pasos de sus perseguidores se hacían audibles a su espalda. Oía sus pies en los charcos, sus palos en los cráneos, sus gritos en las paredes.

Ochoa apartó un zombi que se cruzó en su camino y se estampó contra otro. Los dos cayeron en un charco sanguinolento. Ochoa tenía la cabeza sobre el viscoso pecho del no muerto. El zombi agitó los brazos como un escarabajo panza arriba y olfateó a Ochoa sin identificarle como una presa. El hombre se incorporó tan rápido como pudo y pasó por encima del zombi. Los pies le resbalaron por la vía del metro; avanzó impulsándose con brazos y piernas hasta erguirse por completo. Escuchaba a sus perseguidores cada vez más cerca, sus risas, sus golpes, sus pasos.

Algo le cogió del tobillo, detuvo su carrera en seco y lo zarandeó como un muñeco de trapo. El estómago se le subió a la garganta y sus brazos colgaron sobre su

cabeza. Al colgar del techo en la más absoluta oscuridad, comprendió que había caído en uno de los lazos trampa. Los aullidos, las zancadas y los golpes de sus perseguidores se convirtieron en un murmullo que llegó acompañado de agitadas respiraciones. Los chapoteos le rodearon y de las tinieblas surgió una lluvia de palos que no remitió ni siquiera cuando quedó inconsciente.

—Las vacantes se adjudicarán a aquellos que sean los primeros en llegar y superen el examen médico —la voz sonaba mecánica. Era un mensaje grabado, emitido en un bucle por la radio—. Se han establecido treinta vacantes en el refugio de Nueva Barcelona. Las vacantes se adjudicarán a aquellos que sean los primeros en llegar y superen el examen médico.

El mensaje caló en cada refugio de la vieja ciudad condal. Diecisiete años habían pasado desde el día de la primera infección. La civilización quedó reducida a refugios desperdigados por todo el globo. Aquellos controlados por los antiguos gobiernos eran los más parecidos a la civilización extinta. Tras sus muros aún había medicinas, industria, democracia, economía y todos los buenos valores del pasado. No obstante en ellos no había espacio para todos los supervivientes y los rechazados vivían en las ruinas de la civilización. Sobrevivían en refugios que, en el mejor de los casos, eran madrigueras.

El refugio de Nueva Barcelona era uno de los lugares donde se conservaba la sociedad civilizada y el anuncio de vacantes entre sus muros cayó en los demás refugios como azúcar en un hormiguero. Por toda la ciudad aquellos que anhelaban volver a una vida más sencilla y segura salieron de sus escondites; de barcos varados, de edificios de oficinas, de monumentos históricos, de estaciones de metro, de las alcantarillas. Salieron y volaron por la ciudad como perdices tras el primer disparo.

Eva y Pablo salieron de unos escaparates. Ella era una anciana, coja de una pierna, con pelo grisáceo y pobre; vivió años en el mundo anterior y soñaba con volver al pasado. Él era un muchacho de pelo negro rasurado y la piel bronceada; creció en el interior de un refugio rodeado de manos muertas; el tiempo en que

todas las amenazas estaban vivas le resultaba lejano, confuso, como un breve sueño que precedió a la realidad de muertos hambrientos. Ambos abandonaron Refugio Diagonal queriendo llegar a Nueva Barcelona. Ella armada con una lanza y él con un hacha; ambos con mochilas donde cargaban unos pocos alimentos.

Salieron del refugio y caminaron por la carretera, a un lado la playa se fundía con un mar tranquilo, abandonado por los bañistas. En la luz del amanecer el horizonte se difuminaba en ascuas y turquesas. Al otro lado la ciudad se extendía más allá de la vista. Los edificios amenazaban con caerse tras años de saqueos y abandonos, la yedra trepaba por las fachadas y las ventanas, escaparates y porterías eran bocas desdentadas. Las calles estaban desquebrajadas por la vegetación que se abrió paso gracias a la sangre que la regó.

Anduvieron con precaución, entre los cuerpos que servían de alimento a gaviotas inmutables, alejados de las bocas de los edificios, por mitad de las calles, girándose a cada paso para vigilar la retaguardia.

—Tener siempre una vía de escape —Uno de los dogmas del Refugio Diagonal, Eva lo repetía como un rezo.

El viento aullaba acrecentado por los huecos edificios que se comportaban como un trombón a su paso. A medida que Eva y Pablo se adentraban en la ciudad la brisa marina desaparecía en pos de las moscas y la descomposición. El sol estaba cada vez más alto y proyectaba las sombras de los edificios como mantos negros sobre las calles.

Cruzaron varias manzanas antes de encontrar los primeros zombis. Eran tres, estaban quietos y en pie. Esperando ve a saber qué en la calma de la ciudad.

—Un zombi muerto es una preocupación menos —murmuró Pablo, otro dogma de Refugio Diagonal.

Empuñó su hacha y se acercó con pasos que apenas rozaron el asfalto. El primer zombi se giró a tiempo para que la hoja se le incrustara en la frente. Se desplomó arrastrando el hacha clavada en su cráneo. El ruido que hizo alertó a los otros dos que se giraron y avanzaron hacia Pablo con pasos erráticos. El chico se agazapó nervioso, las

manos trémulas, intentaba arrancar su arma de la cabeza del difunto, pero era incapaz. Ambos zombis abrieron las bocas en un gemido hambriento, cada vez más cerca de su presa. Eva retrocedió asustada, mirando constantemente atrás.

—Tener siempre una vía de escape. Tener siempre una vía de escape. Tener siempre una vía de escape.

Los zombis ya estaban sobre Pablo cuando liberó su arma, trazó un arco frente a él y derribó al segundo de un golpe en la sien. Pablo retrocedió, aún armado, el tercer zombi tropezó con el cuerpo del segundo y cayó al suelo, a los pies de Pablo. El muchacho se movió por puro instinto y lanzó un golpe descendente partiendo la tercera cabeza en dos.

Contempló los tres cuerpos inertes en el suelo, le temblaban las piernas y el corazón le agitaba los brazos en violentas sacudidas. Eva se acercó con la cojera incrementada por el miedo, observó el entorno como un cervatillo observa la maleza.

—¿El Nueva Barcelona está muy lejos? —dijo Pablo.

—Al otro lado de la ciudad —respondió la anciana señalando calle arriba, allí donde los tejados de los edificios eran superados por el verde en la cima de las montañas.

Pararon un momento para reponer el aliento y un siseo les abordó. Empuñaron sus armas. Eva miró los alrededores, Pablo escuchó el viento aullando, las moscas zumbando en los cadáveres y el siseo. Supo que venía de una de las porterías que les rodeaban.

—Un zombi muerto es una preocupación menos —dijo yendo a la fuente del sonido.

Eva le siguió rezagada, escudriñando los alrededores con la lanza trémula apuntando a la nada.

—Tener siempre una vía de escape —decía.

Pablo llegó a la portería, la puerta había desaparecido y dentro las paredes y el suelo estaban ennegrecidos por un viejo incendio. En mitad de la portería había un cuerpo ensangrentado, sus extremidades trazaban ángulos imposibles y de su torso brotaban

lanzas y saetas. Era una mujer joven que respiraba con dificultad, miró a Pablo con grandes ojos verdes cuando entró en la portería. Pablo contempló su rostro precioso, cubierto de sangre seca y cicatrices azules. El pecho de la mujer bombeaba con dificultad; arriba, abajo, arriba, abajo; las saetas y lanzas de su torso oscilaban con el ritmo de la respiración. Eva llegó a su lado y al ver la mujer apartó a Pablo y apuntó su lanza contra ella.

—¿Estás bien? —dijo nerviosa—. ¿Te ha tocado?

—¿Qué? No. ¿Qué haces? —Pablo quiso acercarse a la mujer, pero Eva le cogió del brazo—. Está herida.

—Déjala, es un zombi.

—No lo es.

—Tú no lo recuerdas —dijo Eva mirándole a los ojos—. Ellos surgieron con la infección, como los zombis.

—¿Ellos?

—Los costrázules —Eva señaló a la mujer con la lanza—. Son inmunes a los zombis, pero son infecciosos.

Pablo retrocedió asustado y miró la mujer en el suelo.

—Cuando todo empezó los persiguieron y quemaron con el resto de cuerpos infectados —Eva retrocedió y arrastró a Pablo con ella—. Déjala, tenemos que seguir.

Pablo le dio la espalda a la mujer y junto a Eva abandonó la portería. Apenas se habían alejado cuando volvió a escuchar aquel siseo.

—Aaaa...yuuu...aaaa.

Caminaron.

—Aaaa...yuuu...aaaa.

No se detuvieron.

—Aaaa...yuuu...aaaa.

Y el siseo se desvaneció.

Caminaron tan concentrados en seguir el camino que por un momento olvidaron dónde estaban y dónde iban.

Los edificios les vigilaban con ojos negros. “No queda nada”, “Cuidado zombis”, “No hay salida”; decían las pintadas en las fachadas de las tiendas. En los cruces los coches destartados yacían amontonados en

desastrosas barricadas que impedían tomar desvíos. Pablo y Eva avanzaban en la dirección correcta, pero sin poder elegir la ruta, como corderos al matadero.

—Mira —La anciana se detuvo y miró atrás.

Pablo la imitó y juntos contemplaron la decena de zombis que les seguían a mucha distancia con paso lento y constante. Se despertaban con el sonido de las zancadas, con el jaleo de las presas, con el olor de la carne y se unían a la persecución. Salían de los portales abandonados, de las tiendas saqueadas, se levantaban del suelo tras una nube de gaviotas.

—Tener siempre una vía de escape.

Eva empuñó su arma, pero Pablo le cogió del brazo y le obligó a dar la espalda a los zombis.

—Nuestra vía de escape es Nueva Barcelona —dijo señalando más allá de los edificios.

Anduvieron deprisa, ganando terreno a sus perseguidores. Eva arrastraba la pierna, sin pensar en las consecuencias de un tropiezo, sintiendo cada paso como un mordisco en el muslo. Los edificios eran cada vez más altos y ellos más y más insignificantes. Cruzaron junto a un autobús estrellado en una fachada y salieron a una plaza en la que los zombis se sucedían como árboles en un bosque, todos mirando al infinito, chocando unos con otros como ramas descerebradas. Palomas y gaviotas los picoteaban en un banquete sin fin. Eva giró, con el rostro desencajado por el pánico, y corrió a la pata coja deshaciendo el camino. Había olvidado qué había detrás.

—¡No lo conseguiremos! —gritó—. Es imposible.

Los gritos cayeron en la plaza como una roca en un estanque, las ondas agitaron la superficie y las cabezas muertas tomaron conciencia de los intrusos. Los zombis se movieron con pasos torpes, volviéndose hacia los vivos. Un sonido gutural surgió al unísono de un centenar de gargantas y un millar de aves emprendió el vuelo entre graznidos y plumas.

Pablo empuñó el hacha y corrió tras Eva. La anciana le llevaba ventaja y al cruzar junto

al autobús se sumergió en el río de bocas pútridas que les seguía. Pablo se quedó quieto en tierra de nadie. Frente a él, la calle estaba repleta de estómagos vacíos, a su espalda la plaza era un hervidero de dientes muertos y a los lados todo eran edificios tapiados. “No hay salida”, decía la pintada de una de las fachadas.

Junto al autobús, Eva clavó la lanza en la frente de un zombi que cayó desplomado, retrocedió y lanzó otra estocada desesperada. El arma se clavó en un pecho picoteado y el mango se partió. Eva perdió el equilibrio y cayó. Una oleada de bocas la sepultaron y le arrancaron la carne y las vísceras sin que los gritos las detuvieran.

Pablo retrocedió al ver como Eva era reducida a una mancha cárnica en el asfalto. Sintió a su espalda el aliento putrefacto y volvió a girarse, con el hacha extendida, lanzó golpes sin control, retrocedió sitiado por una tormenta de manos ansiosas y bocas hambrientas. Lentamente el cerco se cerró en torno a él. Pablo pegó la espalda al autobús, rodeado por más zombis de los que podía contar. Una infinidad de miradas huecas, una oleada de gemidos, un manto de carne en descomposición.

Estaban cada vez más cerca. Pablo los mantenía a distancia con el hacha, empujándolos con ella, incapaz de pensar en que debía golpear. Por cada paso que daban los pies muertos, Pablo retrocedía dos. Deslizándose la espalda por la chapa del autobús, yendo a la fachada; hasta que ésta le impidió seguir huyendo. El vehículo yacía empotrado contra una tienda sin dejar espacio para pasar y el portal estaba tapiado; frente a él, los zombis mantenían un ritmo incesante. Pablo forzó la puerta del autobús y unos dedos viscosos le rozaron la nuca cuando se coló en el vehículo. Cerró la puerta tras él justo a tiempo para que una boca de dientes amarillentos se estrellara contra el cristal. Pablo buscó por dónde seguir huyendo, pero estaba atrapado. La luna delantera estaba bloqueada por un montón de escombros y alrededor del autobús las manos golpeaban los cristales; manos ensangrentadas, manos pútridas, manos huesudas y muñones cercenados. El autobús se balanceaba como una barca en una tormenta. Pablo supo que estaba atrapado y se sentó en un asiento sabiendo que iba a morir allí.

Los zombis se agolpaban alrededor de un viejo autobús. A sus quejidos y golpes acudían otros no muertos, movidos por la inercia de su lógica de estímulos. El vagabundo observó la horda desde el otro lado de la plaza. Un pañuelo negro le cubría la mitad derecha de la cara y un poncho de cuero ensangrentado el cuerpo. El vagabundo observó cómo los zombis acecharon y acorralaron a un joven en el autobús. Sin plantearse el porqué, el vagabundo decidió salvarlo. Cogió su arma, una larga tubería de plomo terminada en codo, y se adentró en la horda por la retaguardia. Avanzó sin que los zombis advirtieran su presencia; los empujaba, esquivaba y apartaba con la tubería como quien pasea entre inofensiva maleza. Al llegar, los cristales del autobús estaban agrietados y ensangrentados. El aullido de ultratumba hacía temblar el suelo y se alzaba con el aroma de los muertos.

El vagabundo blandió la tubería y de un golpe aplastó la cabeza de un zombi contra la carrocería; luego apartó a los zombis de alrededor con empujones y patadas y de un nuevo golpe convirtió una ventana en una lluvia de esquirlas. De un elegante salto se coló en el interior del autobús. Pablo le recibió con el hacha en alto. A ojos del vagabundo Pablo era un crío inexperto, un cachorrito que solo sobreviviría bajo la custodia de una madre preocupada.

—Baja eso, chaval. Harás daño a alguien.

Pablo obedeció.

El vagabundo se situó bajo la claraboya de emergencia del techo y la golpeó repetidas veces con la tubería. Los brazos muertos entraron por la ventana rota moviéndose como algas arrastradas por la corriente. La claraboya cedió mostrando el cielo. Pablo no necesitó indicaciones, con torpeza elefantiásica se encaramó a la claraboya y salió al techo del autobús. Alrededor el mar de muerte embestía el vehículo con olas de manos sanguinolentas. El vagabundo salió al tejado. Pablo tanteó el borde del autobús, mirando la sucesión de cráneos fragmentados y cabezas podridas, sin ver lugar dónde huir.

—No te distraigas, chico —El vagabundo hablaba como si adiestrara un perro. Anduvo con tranquilidad hacía la fachada donde

estaba empotrado el autobús, rompió una ventana del primer piso y se coló en el edificio.

Pablo reaccionó cuando el vagabundo ya había desaparecido tras el manto de tinieblas. Siguió sus pasos y se adentró en el negro ojo. El otro lado era un hogar abandonado hacía tiempo.

El vagabundo se movió con naturalidad por el entorno desconocido seguido de Pablo. Salieron a un pasillo estrecho donde se acumulaba el aroma a podredumbre y el zumbido de los moscardones surgía de cada rincón, y ascendieron sin problemas a la azotea.

Desde la cima se divisaban las ruinas de la ciudad: edificios en decadencia, ríos de zombis ocupando calles abandonadas, lejanos rascacielos convertidos en refugios. Sobre ellos estaban las montañas, enfrentadas al mar. En sus lomas nacían grandes casas, factorías y edificios de aspecto institucional. A los pies de las colinas tres gruesas murallas aislaban el refugio de Nueva Barcelona del resto de la ciudad. En cada torreta de vigilancia, al igual que en la cima de los edificios más altos, ondeaba la bandera de la ONU.

Pablo observó el refugio y la interminable sucesión de ruinas y calles que lo separaban de él.

—Gracias —dijo.

—No deberías haber salido a la ciudad —El vagabundo caminó con confianza por la cornisa que separaba el tejado del vacío, escudriñó las calles con su ojo.

—Hay plazas en Nueva Barcelona. Yo solo quería... —Pablo se calló, el vagabundo ni siquiera le miraba y tampoco estaba seguro de qué decir.

—Si quieres ir a Nueva Barcelona hay que ponerse ya en marcha —El vagabundo bajó de la cornisa y caminó con calma hacía el lugar donde el tejado lindaba con otro edificio—. El camino parece corto, pero hay muchos obstáculos, hordas en constante movimiento, saqueadores, murallas, fosos, empalizadas, trampas. No quieres que se te haga de noche por el camino, así que espabila.

El vagabundo pasó al tejado del edificio colindante. Pablo corrió tras él sintiéndose

como un lastre.

—Gracias por ayudarme —dijo—. Me llamo Pablo.

—Qué bien.

Descendieron por el edificio colindante hasta una calle desierta. Pablo debía esforzarse para mantener el ritmo del vagabundo. Siguieron la calle unos metros antes de desviarse a través de un edificio. Tomaron una senda a través de tabiques agujereados y puertas reventadas y salieron a un parquecito de arboles tupidos y caminos que rodeaban un estanque verdoso. La maleza se había apoderado de los lindes del camino, los bancos estaban destrozados, en el campo de petanca se congregaban las gaviotas sobre los cadáveres y la hiedra abrazaba el tobogán y los columpios. Pablo y el vagabundo tomaron uno de los caminos que cruzaba el parque, la grava rechinaba con sus pasos. Tras ellos llevaban una procesión de no muertos y cuanto más avanzaban más se les unían; se levantaban de los arbustos con el cuerpo lleno de ramas y hojas, y salían de la charca con la piel pútrida y peces en las cuencas de los ojos.

Salieron del parque y se dirigieron a una boca de metro. Los pies muertos sonaban contra el asfalto descascarillado y la grava como una orquesta de panderetas y maracas. Los viajeros bajaron por las escaleras del metro hasta la reja que separaba el exterior de las tinieblas del subsuelo. El vagabundo abrió la reja sin problemas.

—El metro. Antes lo usábamos para movernos por toda la ciudad —dijo el vagabundo. Pablo le escuchaba abstraído, hipnotizado por el pesado aire que se deslizaba desde el interior

—Aquí viven los saqueadores —dijo Pablo.

—Sí, lo usan para moverse de forma segura. El metro llega junto a Nueva Barcelona así que también lo usaremos.

—¿Hay otra manera?

El vagabundo no respondió. De lo alto de las escaleras llegaron las dentaduras muertas y las manos hambrientas. Pablo entró primero, le siguió el vagabundo y cerró la reja tras él justo cuando el primer zombi bajaba rodando

las escaleras. Ambos se sumergieron en la oscuridad camino de los túneles.

Pablo siguió a su guía todo lo cerca que pudo, bajó larguísimas escaleras y pasillos hasta llegar donde sentía las vías del metro bajo los pies. Llevaba rato sin poder ver qué tenía más allá de la nariz, pero se guiaba manteniendo una mano sobre el hombro del vagabundo. Los pies chapoteaban en un mejunje cálido y viscoso, el eco les devolvía cada uno de sus movimientos y extrañas presencias acechaban ocultas tras las tinieblas. Escuchaba gargantas que emitían suaves silbidos a su alrededor como fugas de gas. Se oía el ¡CLOCK! de dentaduras afiladas, el roce de cuerpos blandos y el crujir de articulaciones muertas. Pablo sabía que estaba rodeado de zombis, pero no se detenía. Andaba siguiendo el chapoteo del vagabundo, el sonido de su poncho de cuero oscilando con cada movimiento y el quejido que emitía cada vez que apartaba un obstáculo de un golpe; siempre cogido a su hombro.

Era difícil avanzar por el suelo irregular sin poder verlo. Había obstáculos duros y también blandos, hoyos llenos de caldo y baches y más baches. Las moscas se acumulaban alrededor de la cabeza, zumbaban en las orejas, tanteando boca y nariz, atraídas por una respiración viva. Pablo tropezó con algo y perdió contacto con el hombro; trastabilló en la oscuridad y un áspero tentáculo le atrapó el tobillo y lo lanzó contra el techo. El hacha le cayó cuando quedó colgado boca abajo, mecido por la inercia de la sacudida.

—¡Ayuda! —dijo, intentó añadir algo más, pero las palabras y el estómago se le acumularon en la garganta. Pasos se acercaron, picaban con furia contra el pavimento irregular. Pablo escuchó un latigazo, el quejido del vagabundo y el sonido de la tubería al caer al suelo se extendió por todo el túnel—. ¿Estás bien? —No hubo respuestas, solo el leve sonido de un forcejeo, el poncho de cuero cayendo al suelo, el murmullo de los zombis acumulándose bajo él, lejanas zancadas, tímidas risas, risas ansiosas.

Pablo se revolvió contra la cuerda que lo sostenía del techo, pero solo consiguió apretar

más el lazo. Pasaron unos minutos, un silencio lo invadió todo antes de que se encendieran las luces. Había al menos seis focos, todos alineados frente a él. El resplandor amarillo iluminó una decena de rostros en descomposición y cuerpos hechos jirones; estaban debajo de Pablo, miraban al techo con los brazos extendidos. Pablo vio a los hombres que sostenían los focos, llevaban armaduras de cuero y chatarra, así como escopetas, hondas, espadas, hachas, ballestas y arcos. Los zombis perdieron el interés en Pablo y avanzaron con torpeza hacia la guerrilla. Junto a Pablo colgaba otra cuerda, balanceándose con la punta cortada. Al verla el chico comprendió que le habían abandonado.

—Nos ha tocado el gordo —exclamó la aguda voz de un saqueador.

Los zombis ya estaban sobre ellos cuando las escopetas rugieron, las hondas silbaron y las ballestas y arcos cacarearon. Cabezas pútridas se desintegraron en una nube sanguinolenta, de las frentes muertas surgieron saetas y los cráneos fueron aplastados por pedruscos.

En menos de un minuto los zombis fueron reducidos a una alfombra cárnica. Los saqueadores se acercaron a Pablo con muecas perversas. El saqueador de la voz aguda, con un casco de chapa y cuero, adornado con huesos puntiagudos y una barba rojiza de cinco puntas, se plantó bajo Pablo para examinarlo bien.

—Gracias por salvarme —dijo el chico.

—Ha sido un placer, princesa —respondió con voz de hiena. Luego empuñó su escopeta y le golpeó con la culata en la cara.

Pablo quedó colgado, inerte.

Las luces tintinearón con el zumbido de un enjambre. Las paredes de cemento estaban arañadas y cubiertas por cables y tuberías. A Pablo le pesaba la cabeza y tenía la visión borrosa; estaba atado a una camilla de hospital. La sala estaba adornada con largas mesas repletas de material médico, así como miembros y órganos en descomposición: brazos, piernas, corazones y cerebros.

Un carnicero con traje de médico

paseaba por la sala. Junto a una de las mesas había un hombre atado a otra camilla. Estaba desnudo, lleno de cicatrices azules de las que supuraba sangre negra como alquitrán; le habían extirpado recuadros de la caja torácica abriendo así ventanas a sus órganos internos. El carnicero se acercó a él, le clavó una jeringuilla y le extrajo sangre. El hombre contrajo los dedos de los pies y soltó un quejido.

—Ya pasó, Ochoa —dijo el carnicero con dulzura. Luego fue junto a Pablo y le extrajo sangre con otra jeringuilla.

El carnicero fue al microscopio, preparó placas con cada muestra de sangre y las examinó usando distintas lentes. Después vació las jeringuillas en una probeta, mezcló la sangre con otro suero y la examinó al microscopio.

—Qué suerte la mía —El carnicero miró a Pablo—. Eres un puto afortunado, ¿lo sabías?

El carnicero fue junto a Ochoa y le extrajo más sangre, comprobó el fluido rojo a contra luz y se acercó a Pablo.

—Veamos cómo reaccionas a esto —El carnicero clavó la jeringuilla en el brazo de Pablo e inyectó la sangre de Ochoa.

Pablo se revolvió en sus ataduras. La sangre extraña recorrió las venas; la sentía deslizándose por su interior, extendiéndose como aceite derramado, fluyendo en él con largos tentáculos que ocupaban todo su cuerpo con un cosquilleo; y luego nada. Su cuerpo volvió a la normalidad. El carnicero le miró intrigado, ladeando la cabeza a uno y otro lado.

—¿Bien? ¿Notas diferencias? ¿Tienes ganas de comerme?

Pablo abrió la boca, la lengua seca y la garganta cerrada le impidieron hablar pero pudo esbozar una mueca de suplica. El carnicero tomó un bisturí y le hizo un tajo en el brazo. Pablo se revolvió, pero las ataduras hicieron que apenas se moviera. Junto a él, el carnicero miró como el tajo sangraba en abundancia y, de pronto, se cerró en una costra. En el brazo quedó el rojo de la sangre derramada y el azul de la cicatriz. El carnicero rió entusiasmado.

—Excelente, excelente. Tenemos un gran

futuro por delante, puto afortunado.

El carnicero fue a una de las mesas y el saqueador de la barba roja atravesó la puerta de un salto, empuñaba una escopeta. Con él se colaron los disparos de los vivos, los aullidos de los muertos y los gritos de los devorados.

—Hay que irse —dijo el saqueador—. Una horda ha entrado en el túnel.

—¿Qué pasa con las trampas?

—Las esquivaron no sé cómo. Han llegado a la estación y siguen avanzando. Están cayendo todos. Coge lo imprescindible y vámonos.

—¡Cuidado! —El carnicero señaló a la puerta.

El saqueador se giró y vio a los zombis agolpándose en el quicio, luchando por entrar en la sala. El saqueador apuntó y disparó, una cabeza estalló, amartilló y disparó, otra cabeza menos. En mitad de los zombis, el vagabundo esperaba paciente, empujaba a los zombis que le rodeaban y los dirigía a través de la puerta a medida que llegaban. El saqueador disparó hasta agotar la munición, luego empuñó la escopeta por el cañón candente y la usó para golpear cráneos.

Cuando los disparos cesaron, el vagabundo se coló en la sala. El saqueador y el carnicero estaban acorralados en una esquina, los zombis se apretujaban a su alrededor, sobre los cuerpos de los que lo intentaron antes que ellos. El saqueador con la escopeta y el carnicero con un palo mantenían la distancia con los muertos, pero cada golpe que daban y cada boca que cerraban les mermaba las fuerzas y sus armas estaban cada vez más bajas. Mientras tanto, la puerta escupía más y más muertos. Al entrar ignoraban al chico y al vagabundo e iban directamente con sus hermanos, a la esquina en la que el saqueador y el carnicero no tardarían en exhalar su última fuerza.

El vagabundo se acercó a Pablo. Con su único ojo vio la cicatriz azul en el brazo del chico, sin decir nada le desató, pero Pablo no se movió.

—No tengas miedo —dijo el vagabundo apartando el pañuelo de su cara.

—Tú... —dijo Pablo mirando al vagabundo.

El rostro bajo el pañuelo carecía de ojo izquierdo, en su lugar había una reluciente cicatriz azul que explotaba por los bordes y se ramificada con delgadísimos capilares por el contorno hasta desaparecer bajo el cabello y tras la oreja.

—No puedes ir a Nueva Barcelona. Nunca te dejarán entrar. Tú y yo estamos atrapados entre dos mundos —El vagabundo tendió su mano. Pablo la tomó y se levantó de la camilla—. Ya no puedes ir a la civilización, pero sus ruinas te pertenecen.

Pablo y el vagabundo abandonaron las líneas de metro y salieron a un mundo en el que solo tenían que temer a los civilizados.

Las reliquias modernas

Mauricio del Castillo

La nave apareció por encima de las montañas curtidas por el sol de mediodía. Un anciano en silla de ruedas, salido de quién sabe dónde, se detuvo a un costado mío. Sus ojos marchitos y bastante secos atendían la llegada de esa extraña nave.

Preguntó:

—¿Viene a ver los escenarios bíblicos?

—Así es —dije—. Me informaron de que este es el lugar donde inicia el itinerario.

—Somos la guía oficial del recorrido, señor. Eh, ¿usted no es de por aquí, verdad? —Examinó mis ropas y escuchó el leve siseo de los ventiladores que refrescaban mi piel. Advirtió las gafas solares que tenía puestas. Otra cosa que me delataba era mi espigada altura.

—Sí —respondí—. Vengo de otro planeta. De Nancymg. Estoy aquí para tomar algunas imágenes tridimensionales. Me llamo Ylox.

—Mucho extranjero visita los escenarios bíblicos. Han venido de Luna y Marte, pero nunca de fuera del Sistema —Hizo una pausa y escupió en el suelo—. Si no fuera por esto, supongo que no habría otra atracción. Hay que explotar lo que se tiene, ¿no es así?

En aquel momento comenzó a escucharse el grave revoloteo de la nave. Descendió hasta estabilizarse a unos veinte metros de nosotros. La portezuela se abrió y dejó ver a un hombre poco más bajo que yo. Cabello esponjado y de color rojo. Portaba una chaqueta de cuero marrón, la cual mostraba signos de desgaste en los codos, con los cierres de sus bolsillos descompuestos. Sus ojos no dejaban de parpadear por ningún segundo.

Se dirigió hacia donde nos encontrábamos, sin quitarme la vista de encima.

—Errani, el caballero desea visitar los escenarios bíblicos —dijo el anciano—. Se

hace llamar Ylox.

El piloto dijo:

—En seis horas se ocultará el sol, señor Ylox. Mejor haga una parada en el sanitario. No encontrará uno en quinientos kilómetros a la redonda.

Me extendió una mano. No supe cómo interpretarlo; decidí no hacer ningún movimiento. Errani rumió algo, guardó su mano en uno de los bolsillos de sus pantalones y dijo:

—Tendré que cobrarle el pasaje por adelantado. Y ya que usted viene solo y no es Semana Santa, el monto es de treinta dianas.

Me despojé de un guante y oprimí mi dedo pulgar en la superficie táctil que el anciano llevaba consigo. Luego de comprobar que tenía los suficientes fondos, Errani dijo:

—Partamos ya. —Accionó la puerta y en pocos minutos emprendimos el viaje.

Alrededor del paraje y hasta donde se dibujaba el horizonte pude advertir que no existía la más mínima señal de vegetación. Miré la llanura seca; me asombró la rigidez del aire y el enrojecido cielo. En su amplia y poco llamativa extensión brillaba la ausencia de más vehículos de vuelo. Los árboles se encontraban muertos, aún de pie, y las ruinas antiguas de poco valor aún imploraban por un recuerdo. La herrumbre y el abandono salpicaban por instantes la tierra gris y sucia. Cascajos de metal se hundían en el suelo. El viento patinaba a ras de tierra.

Errani rompió el silencio:

—Primero tiene que ver el lugar donde comenzó todo. Durante la Guerra del Gran Veneno los clérigos pidieron que los escenarios bíblicos fueran respetados —La nave entró a un valle dorado donde se podía vislumbrar por fin un terreno fértil y virgen—. Allí está. Prepare su cámara.

Tres veces por segundo capté el valle con las gafas. Enseguida contemplé un terraplén que protegía el primer escenario. La nave realizó varios giros hasta acercarse al centro. Enseguida se posó como una hoja en el terreno llano. Errani y yo tocamos el suelo.

La hierba estaba diseñada a base de musgo plástico; rodeaba un árbol artificial y poco convincente. Ni siquiera se bamboleaba

al ritmo del viento.

Un grupo de clérigos se acercó. Me observaron con atención mientras intercambiaban comentarios entre ellos. Errani percibió su hostilidad y explicó:

—Es aquí donde Padre Adán ofreció a Madre Eva el fruto. Como puede notar, la serpiente aún permanece en su sitio.

Una extraña criatura alargada y sin extremidades apareció enroscándose en el tallo del árbol. Me miró por unos instantes, mostró su lengua bífida y regresó al mismo punto de donde vino.

—Fue en este lugar donde Gran Él concibió a Padre Adán —dijo Errani—. A partir de una costilla de Padre Adán reprodujo átomo por átomo a Madre Eva. Y para probar su fidelidad y obediencia dictó la directriz de consumir todos los frutos del árbol del huerto, excepto uno, llamado Árbol del conocimiento del bien y del mal. Por mucho tiempo vivieron en total armonía hasta que Madre Eva rompió la directriz al adquirir una manzana de descuento por el Señor Satanás. Se les exigió que firmaran su renuncia. Sus barcos, sus máquinas, sus alimentos... Todo les fue despojado.

Asentí con satisfacción. Las gafas registraban cada imagen. Los clérigos se mantenían apartados de mí a prudente distancia. De alguna manera yo provocaba temor en ellos. Era sabido por todos la exofobia que manifestaban los clérigos en la Tierra. Rara vez tendían a valorar en su justa medida una idea, un trabajo o un servicio que no fuera realizado en la Tierra. Sin embargo, los altos montos de dianas percibidas por el turismo lograban hacerlos más tolerantes.

—No se ha alterado este escenario desde hace miles de años. La serpiente es un mecanismo eléctrico y el árbol ha sido implantado desde hace doscientos años. Su historia puede contarse en el fichero Génesis, desde el versículo 26 del capítulo 1 hasta el versículo 2 del capítulo 5. Está certificado que fue exactamente en este lugar donde el Gran Él creó el complejo turístico como «Paraíso».

Los clérigos no entendían el idioma que el piloto y yo empleábamos. Susurraron algo. Errani escuchaba con atención. Toda su postura se había evaporado, como si estuviese

comprometido a hacer algo desagradable.

Enseguida se dirigió a mí:

—Creo que será mejor que continuemos con el itinerario. El siguiente escenario se encuentra a diez kilómetros de aquí.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—Dispéñeme, señor. Los clérigos me comentan que no debe perderse todos los escenarios bíblicos que atestiguan la historia del hombre. Recuerde que su permiso aduanal expira en menos de cuarenta y ocho horas.

—¿El número de dianas depositadas no es suficiente?

—Se trata de una cuestión administrativa —argumentó Errani—, no económica. Espero que lo entienda.

La serpiente —al igual que los clérigos— me seguía con la mirada. Quise capturar una imagen de aquella especie extinta, pero la luz resultaba muy intensa. Ajusté las gafas y me acerqué al llamado Árbol de la Superciencia sin hacer caso de Errani y los clérigos. Tomé la instantánea, pero algo provocó que la serpiente dejara de enroscarse. Soltó algunas chispas de entre sus escamas de cuarzo. Sus ojos se apagaron. Enseguida cayó bajo su propio peso. Quedó oscilando hasta dejar de moverse por completo.

Los clérigos comenzaron a gritar y a mirar al cielo. Algunos de ellos cayeron de rodillas y juntaron sus dos manos. Otros me miraron con hostilidad.

—¿Qué sucedió? —pregunté, confuso—. La serpiente dejó de funcionar, pero yo no...

—Vámonos —dijo Errani. Me tomó de un brazo y me dirigió a la nave, sin que yo pudiera hacer algo para evitarlo.

—Debo saber qué fue lo que hice. Tenemos tiempo para discutirlo.

Errani se limitó a contemplar el horizonte mientras accionaba los controles de la nave. Después, como si yo mereciera una respuesta, dijo:

—Descompuso la serpiente; es muy sensible a los reflejos de luz. Ahora tendremos que conseguir a alguien que pueda repararla. Sólo límitese la próxima vez a no tocar nada y a no sacar ninguna imagen... —Se dominó. Accionó la palanca y la nave ganó velocidad.

Bastante velocidad. Después, el aparato de radio se encendió y una serie de gritos inundaron la cabina. No lo soportó más y descargó un golpe en la parte superior del aparato. Los gritos fueron silenciados.

Me volví y escruté el valle debajo de nosotros, con doscientos metros de pista seca y limpia, bien asentada, mil metros cuadrados de aparcamiento para los aeroplanos, la carretera de acceso y la estrecha vía de asfalto para los bicitaxis. Una montaña baja constituida de rocas salientes sobresalía en el interior del valle, sin un solo helecho o arbusto en ella.

La nave aterrizó en la pista. Dentro de un paraje sin vegetación se encontraba un palacio de cristal. A medida que nos acercábamos alcancé a observar un grupo de clérigos que custodiaban el palacio. Sus túnicas de color negro estaban arrojadas hacia atrás revelando su revestimiento de cuero escarlata. Llevaban colgando sobre la espalda rifles con municiones y un cuchillo sujeto en la funda del cinturón.

Luego de que la nave dejara de moverse, la arena se asentó y permitió que los clérigos-guardias nos identificaran mejor. Mi condición de extranjero parecía hacerlos desconfiar de mí. Errani sacó a relucir una sonrisa para apaciguarlos. Mostró una tarjeta y los clérigos consintieron mi presencia.

—Esta es la ciudad judía de Shaarayim —comenzó Errani—. Adentro se encuentran los vestigios de la lucha entre los guerreros Goliat y David.

—¿Sucedio aquí?

—Así es. La antigua pelea sucedió en este terreno —Errani contempló la playa donde el gigante Goliat había caído decapitado—. Muy bien. Entremos.

Nos internamos en el palacio. Los clérigos-guardias se mantenían a la expectativa, sujetando con fuerza los rifles. Uno de ellos acariciaba la hoja de su cuchillo como si se tratara de un amuleto.

La luz dentro del palacio era clara y cálida. El palacio dejaba entrar la luz debido a las rejillas de acrílico en el techo. En el suelo estaba dispuesto un pequeño laberinto en el cual se mostraban algunas pinturas que representaban la batalla entre dos imperios.

En una vitrina de vidrio y reforzado con latón se exponía un curioso objeto.

—La honda de David —dijo Errani—. Con este objeto dio muerte al soldado gigante de la ciudad de Gat y paladín del ejército filisteo, que durante cuarenta días asedió a los ejércitos de Israel. Por el camino David recogió cinco piedras lisas en un arroyo y se plantó delante del gigante Goliat. Este se burló de él, pero el pequeño David estampó una piedra en su frente. Cuando cayó Goliat, David aprovechó para cortarle la cabeza, con la espada del propio gigante. Para acceder a la información deberá consultar en el primer fichero de Samuel, capítulo 17, versículos 4 al 23 hasta el versículo 9 del capítulo 21.

Se adelantó algunos pasos y mostró en la siguiente vitrina una sandalia de gran tamaño dentro de un compartimento de cristal transparente. La luz blanca dio de lleno en el rostro de Errani.

—Pertenece al soldado gigante. La Iglesia la ha podido conservar a través de los siglos así como la honda de David. Vea el deterioro en las orillas y la huella del pie marcada en la suela. No hay mejor prueba de su existencia. El equipo de Arqueología de la Universidad Romana sigue conservado vestigios del Nuevo y Antiguo Testamento.

—Por lo que sé es la única universidad que sigue en pie —dijo, en un intento por cambiar el tema.

—No hubo ninguna universidad que fuera tomada por comunidades sobrevivientes —afirmó Errani. Su aspecto de piloto tosco se tornaba un tanto delicado en su papel de guía—. La Iglesia subvencionó las investigaciones a cambio de salvaguardar los intereses de los antiguos decanos. Han tenido la confianza de seguir investigando el paradero de objetos históricos. —Cerró los labios con un chasquido y se inclinó de nuevo hacia delante, clavando su brillante y penetrante mirada en la sandalia. Había manchas de sangre en la suela. Aquello era visto como un premio, una victoria, un acontecimiento digno de celebración. La guerra y la muerte eran aplaudidas por los terrestres.

Me descubrí a mí mismo luchando por no ser el primero en desviar la mirada. Comencé a sentirme un poco ridículo, como si

me hubiera visto obligado a trabarme en disputas y engaños en un mundo desconocido. Y en un mundo desconocido uno siempre las tiene de perder.

Estuve a punto de retirarme cuando Errani señaló la siguiente cámara. En ella se exhibía un mural grande que emulaba la batalla de David contra Goliat. Había satisfacción en el rostro de David y dolor en el de Goliat. Su sangre salpicaba en las rocas. Observé los ojos de David y en ellos pude advertir una locura bárbara. Las palabras y los argumentos no eran medios en su lucha. Su odio no tenía el menor significado.

Al fin, cuando fueron contempladas todas las vitrinas y pinturas en el palacio, nos dirigimos a la nave. Por un momento cerré los ojos y moví los labios sin pronunciar sonido alguno, como si esa atroz exhibición me hubiera dado el coraje de tomar la decisión de regresar al espaciopuerto y partir en el primer vuelo a mi planeta.

Esperé a que Errani abriera la escotilla. Sacudí la cabeza, luciendo su dispareja dentadura debajo del bigote.

—Lo están vigilando, señor Ylox —dijo en voz baja—. Creen que puede representar una amenaza.

—Solo me observan, pero no dicen nada.

—Deben estar seguros. Antes eran más intolerantes, pero luego del linchamiento de una pareja de ciudadanos de Luna, se formó un gran escándalo. Ciudadanos del Sistema Solar, así como las autoridades del Confederado Solar, exigieron una disculpa. Eso trajo consigo la Guerra del Gran Veneno. Luego de perder la guerra, la Santa Iglesia se vio obligada a pagar los daños morales causados a los ciudadanos lunares. Y esto derivó en un rechazo a los extranjeros. Pero tenemos que reconocer que son grandes turistas con grandes recursos, de modo que su ingreso al planeta Tierra es aceptado bajo nuestras leyes.

Eso no me había traído el más mínimo alivio.

—¿Eso pasa con todos los extranjeros? —pregunté—. Esta creciente hostilidad...

—Así pasa en ocasiones. Pero no se

preocupe: mientras yo interceda por usted, estará seguro.

El siguiente punto en el itinerario correspondía a una de las mayores atracciones de los escenarios bíblicos. Mientras contemplaba el paisaje de la tarde, Errani, valiéndose de los sensores de la nave, pudo ver cerca de ahí el contorno de una costa. Aminoró el vuelo de la nave en una trayectoria recta. Al llegar a los cien kilómetros por encima del océano volvió a disminuir la velocidad.

La descomunal masa que descansaba sobre la suave arena podía observarse desde cualquier punto. La peculiar forma en la que se asentaba sobre los riscos de la montaña llamaba mi atención.

—El Arca de Noé —anunció Errani—. Tan fuerte y sólida como el primer día que zarpó por las aguas provocadas por el gran diluvio. La historia del Arca de Noé, según los capítulos 6 al 9 del libro del Génesis, dice que el Gran Él observó que los hombres se estaban multiplicando sobre la faz de la Tierra. La maldad crecía en ellos y el propósito de su creación no se cumplía, por lo que decidió destruir esas generaciones. El Gran Él dijo a Noé que construyera un arca y que llevara con él a su esposa, a sus hijos Sem, Cam y Jafet, así como ciertas parejas de animales. Noé no tenía los conocimientos ni las herramientas para construir tamaño proyecto de barco, pero el Gran Él se los proporcionó. Cuando Noé completó el Arca, entraron con él su familia y los animales. El diluvio cubrió toda la tierra hasta las montañas más altas. Todas las criaturas de la Tierra murieron. Solo Noé, su familia y los animales en el Arca sobrevivieron. Finalmente, después de muchos días, el Arca se asentó en el monte Ararat, y las aguas retrocedieron por algunos días hasta que emergieron las cimas de las montañas.

Una vez estabilizada, la nave se dirigió hacia la playa. Descendió hasta quedar a la altura de las copas de los árboles artificiales. Respirar me resultaba difícil, pero mi atención se fijó en aquella magnífica construcción de madera. Era de un perfecto acabado, según los estándares antiguos. Se hallaba en posición horizontal sujeto a una base de hormigón y fierro retorcido. Sus curvaturas se elevaban en arcos monumentales que intentaban tocar el

cielo. No podía creer que después de la Guerra del Gran Veneno y la posterior devastación fuera a sobrevivir algo tan grande y magnífico como esto.

Estaba siendo resguardada por muchos más hombres, algunos de ellos con lanzas. Llevaban puestos viejos cascos con visera que los protegían de los ojos. Repararon en mi presencia y entraron en alarma.

—No se fije en ellos —dijo Errani con el propósito de aplacar mi nerviosismo—. No están acostumbrados a ver extranjeros, mucho menos con esas ropas tan vistosas que usted lleva consigo. —Me condujo hacia una rampa. Podían notarse con claridad las marcas de llantas en su superficie. Adelante reinaba la más absoluta de las oscuridades. Errani dijo algo, y de inmediato se encendió una bujía. El Arca se encontraba llena de desgaste y en deterioro. Los años no habían pasado en vano por ella. En todas partes se alzaban vigas y columnas de madera. Olía bastante a humedad, y el aire circulaba a través de ondas de calor.

Una vez dentro no mostré señales de emoción. Miraba hacia cada punto con indiferencia, sin una sola palabra y sin expresión.

—Aquí fue donde Noé reunió a las parejas de cada especie de animales para salvaguardarlas del diluvio. Algunos arqueólogos la habían dado por perdida, pero hace doscientos años fue descubierta en el fondo del mar por un explorador marino. Fue arrastrada al mar por un diluvio. Nunca se supo qué había ocurrido con el hermano Noé.

Errani notó mi desconcierto. Se acercó y me preguntó:

—¿Sucede algo, señor Ylox?

—Espero que usted me excuse, Errani, ya que mi sentimiento nace de un profundo respeto por el noble pasado de su gran planeta pero, ¿dónde están las parejas de animales? No las veo por ningún lado.

Errani bajó la vista y contempló los compartimentos dentro del arca.

—Bueno, en realidad no pudo salvarse mucho después de la Guerra del Gran Veneno. Esos animales, la mayoría, habían dejado de existir desde hacía mucho tiempo. No se sabe

a ciencia cierta dónde está su paradero, aunque corre el rumor de que debajo de nosotros, en el subsuelo, se hallan resguardados a consecuencia de la Guerra del Gran Veneno.

—No tenía idea de que fueran a sobrevivir en ese lugar.

—Oh sí. Por supuesto. El Arca de Noé no sobreviviría ni siquiera a las amenazas diplomáticas acontecidas, pero un refugio atómico puede hacerlo. La tierra por sí misma provee una barrera natural, reduciendo de manera efectiva los niveles de radiación.

Salí de ahí y apoyé una rodilla en el suelo. Tomé un puñado de tierra seca y murmuré casi para mí mismo:

—Aquí fue donde comenzó todo. Aquí es donde se formaron las primeras moléculas orgánicas. Cuando duermo, sueño con cascadas, nubes blancas y hierbas retozadas de suavidad. Vivo bajo los árboles y cohabito con las criaturas del bosque. Ahora no tiene el menor sentido.

Errani me tomó de un brazo y me puso en pie con delicadeza. Su voz se tornó un tanto suave y cortés:

—Está perturbando a los guardias. No los mire. Pueden pensar lo peor.

Me encontré a mis espaldas con una decena de rostros cubiertos. Esta vez modulé la mirada con antipatía. Uno de ellos mantuvo la lanza al frente, preparado para justificar en cualquier momento su ataque. Errani se dirigió hacia él y el resto de los guardias para tranquilizarlos.

Apreté la mandíbula y acaricié las articulaciones de mi arma. Me habían dicho que me cuidara de los habitantes de la Tierra, pero no tenía idea de a qué grado.

—Eso es una escopeta sónica —dijo Errani alarmado—. Debió declararla en la aduana.

—¿Cómo sabe que no la he declarado?

—La agencia de Turismo me lo hubiera informado.

—Por favor —dije—, arreglemos esto como hombres de negocios.

—Estoy listo para facilitar la rápida transferencia al siguiente punto del itinerario

cuando usted disponga, señor Ylox.

Por una vez lo obedecí y guardé el arma. Errani ya tenía preparada la nave. No demoró en poner en marcha el motor. El aire acondicionado me repuso y recuperé el ritmo de mi respiración. Partimos con rumbo al sur.

Abrí los ojos y contemplé el paisaje. Gris por doquier. Un sol vengativo. Un mundo que comenzaba a ser devorado por la entropía absoluta. Las sombras de los riscos y de las dunas comenzaban a alargarse. El sol se tornaba cada vez más opaco y redondo, casi a punto de hacer contacto con el horizonte.

—¿Adónde nos dirigimos? —pregunté.

Después de algunos segundos alcanzó a decir:

—Estamos cerca del Mar Rojo donde el Gran Él dividió las aguas del mar por mediación del iluminado Moisés, permitiendo que lo cruzaran los hebreos con seguridad y escapar así del ejército egipcio. Este hecho logró que se sistematizara y se inculcara una nueva forma de teoingeniería. Los ingenieros civiles fueron consultados por el Vaticano debido a sus conocimientos matemáticos y su alto grado de divinidad y concentración. —Enarcó las cejas—. Tal vez el viaje no resultó como usted esperaba, pero créame que esto lo va a dejar con un buen sabor de boca.

La moribunda tarde hacía acto de presencia sobre los terrenos. Después de traspasar un complicado grupo de montañas, Errani apuntó con el dedo y anunció:

—Hemos llegado. El Mar Rojo.

El piloto se mostró más excitado que yo al arribar al último escenario bíblico. El Mar Rojo resplandecía bajo el manto oscuro. Sin embargo, una luz más poderosa logró que pudiera distinguir la orilla de la playa. Justo ahí se hallaba la instalación improvisada de un anfiteatro, donde algunas personas con los torsos descubiertos y los cabellos largos se desperdigaban en las tarimas. Sus semblantes eran serenos. Al mismo tiempo se encontraban ansiosos de que comenzara la presentación.

Errani desconectó el motor. Tocó la ventanilla con la llave codificada y los cierres magnéticos se soltaron.

Mi negra piel y mis ropas de extranjero

excitaban la curiosidad de los niños. Los presentes se apretujaban en el anfiteatro los unos a los otros hasta que sus movimientos se convirtieron en una ola apacible. Errani pensó que sería buena idea observar el escenario a prudente distancia.

Una cortina deshilachada y bastante polvorienta corrió a los lados. Sobre una pared descansaban dos planchas de piedra con una serie de inscripciones grabadas:

1. — Amarás a Dios sobre todas las cosas
2. — No tomarás el nombre de Dios en vano
3. — Santificarás el día del Señor
4. — Honrarás a tu padre y a tu madre
5. — No matarás
6. — No cometerás actos impuros
7. — No robarás
8. — No levantarás falsos testimonios ni mentirás
9. — No consentirás pensamientos ni deseos impuros
10. — No codiciarás los bienes ajenos

Caía ya la noche. Permanecí solo, con una mirada clavada en la playa plateada y las estrellas pendiendo de un hilo en la magra oscuridad.

Errani se acercó y dijo:

—Creo que eso es todo, señor Ylox. No hay otro punto más por ver en este planeta.

Permanecí callado algunos segundos y dije:

—Escuché algo sobre la Tierra. Es acerca de otro mundo, uno paralelo a éste. No se ha podido comprobar su existencia, pero... Hubo un acontecimiento entre esto —señalé el anfiteatro—, y la Guerra del Gran Veneno. ¿Qué fue lo que ocurrió entre tanto? ¿Por qué se empeñan en ocultarlo?

Errani guardó silencio. Luego de unos minutos emprendimos el vuelo. Era muy tarde ya para conseguir un transporte que me llevara al espaciopuerto. El piloto mantenía fija la vista en el panorama nocturno. Yo, por mi parte, miraba a través de la ventanilla.

Había llegado la hora de decir:

—Cambie el curso, Errani. Diríjase a las siguientes coordenadas...

—¿Qué dice? —Por la expresión en su

rostro, supe que Errani estaba familiarizado con esas coordenadas—. El itinerario terminó. No hay más a dónde ir. Ese lugar es altamente radioactivo.

Fue entonces que tomé el arma entre mis manos y dije:

—Puedo cortar la sinapsis de su cerebro. No sentirá nada, pero tampoco podrá ser capaz de mover un solo músculo para lo que le queda de vida si no cambia el curso de la nave.

—¡Miserable! No tengo por qué...

Hundí la punta del arma en sus costillas. Eso fue suficiente para convencerlo. El aparato volvió a girar y tomó la dirección correcta.

Tardamos dos horas en llegar. Pequeños destellos de luz comenzaban a ganar altura no mayor que la de una montaña. Una torre se alzaba ahora por arriba de los cien metros sobre la llanura desértica. No era más que un remanente hueco, sin tejado y sin recubrimiento.

Enseguida, Errani dijo:

—Es un pueblo perdido, señor Ylox. No tiene mayor importancia.

—Tengo que verlo. Ese edificio... Y los otros.

—No encontrará nada —dijo Errani con seriedad—. No hay nada que le interese.

Alrededor de la torre se agrupaban los otros edificios en un radio de mil metros.

La radio llamó. Errani tomó el micrófono y atendió. Después de unos segundos se volvió hacia mí y dijo:

—Los guardias exigen que retornemos.

El sol estalló como una ola de fantástico brillo en el horizonte, revelando la lejana línea de unos edificios arruinados, montados en un enorme terreno en el que nada crecía. Sólo se destacaba allí una gran plataforma de cemento gris.

—Era cierto... —musité—. Era cierto. Sí existe una historia oculta. Ellos, los clérigos... Quisieron ocultarlo por temor. Y los hombres solo destruyen lo que más temen. Pero, ¿cómo lograron apilarlos en un solo sitio?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Porque las autoridades del Confederado Solar desean saber la historia oculta. Desean saber qué otros sucesos acontecieron en la Tierra. Al fin y al cabo, *todos provenimos de este planeta*.

La nave continuó su vuelo bajo la luminosa mañana. Las edificaciones permanecían inmóviles, frías, aún resplandecientes, como si se trataran de una promesa y una amenaza al mismo tiempo. Montados en sus estructuras se encontraban varios técnicos que desmantelaban piezas y las trasladaban mediante grúas y vehículos de carga. Grandes monumentos antiguos cubiertos por rojiza herrumbre y musgo verde, a punto de ser arrastrados por el fuerte viento del olvido.

Los monumentos ocultos no tenían ningún significado para ellos, pero mi formación me había enseñado a reconocerlos: La Pirámide de Giza, el Coliseo de Roma, el Cristo Redentor, la Muralla China, El Big Ben, la Torre Eiffel, la Estatua de la Libertad, la Acrópolis de Atenas...

El origen del futuro

Juan Ramón Segura

Capítulo 1. -Evolución.-

No sé si podríamos calificar sus vidas de felices, lo que es seguro era que los Naxgull vivían en la despreocupación de cualquier hecho que no fuera su propia supervivencia.

Sus únicos intereses eran nadar, cazar el alimento diario, recolectar las algas que servían como complemento a su dieta y huir de los depredadores.

Estos acontecimientos transcurrían de forma similar para el resto de las especies del planeta; hasta el día en el que su mundo, como hasta entonces lo habían conocido, cambió por completo para ellos...

El gran haz de luz atravesó las aguas reflejándose en los corales gigantes habitados por el gran pueblo.

Tras el temor inicial, los más arriesgados nadaron hacia el extraño fenómeno llenos de curiosidad.

Ante sus atónitas miradas, una gran masa de metal descendía desde la superficie.

La mayoría se refugiaron con un movimiento rápido, casi eléctrico, en sus cuevas; aunque algunos no podían dejar de observar la inmensa mole que desfilaba ante sus ojos.

Nunca antes había bajado nada del mundo exterior y el espectáculo, que se presentaba ante los sorprendidos Naxgull, era hipnótico.

El más osado, Thaar, no paraba de acercarse peligrosamente a la gran máquina.

Finalmente, y como era de esperar, fue capturado por uno de sus brillantes rayos.

Su mente se nubló y quedó sumido en un profundo sueño.

No sabía exactamente cuánto tiempo había pasado ni lo que había ocurrido tras su captura.

El caso es que despertó flotando en el mismo sitio donde lo habían recogido y, en apariencia, siendo la misma criatura de siempre.

A pesar de las extrañas miradas de sus congéneres, Thaar siguió cazando, huyendo y llevando la misma vida de costumbre hasta que, con el correr de los meses, descubrió que el fuego de los volcanes oceánicos podía ser útil para mejorar el sabor de la comida. Descubrió también que con el coral, y gracias a los dedos prensiles en los que terminaban sus aletas delanteras, se podían fabricar lanzas, hachas y una serie de armas arrojadas que les darían cierta ventaja con respecto al resto de especies.

Tras adoctrinar a sus iguales, esta serie de hechos los convirtió en seres superiores.

Los siglos se sucedieron sin que los visitantes regresaran y los Naxgull se olvidaron de ellos.

El gran pueblo se convirtió en una gran civilización.

Cuando ya los orígenes de su inteligencia se perdían en el tiempo, entremezclados con la leyenda, la gran aglomeración de hierro, metal y luces que llegaba del mundo exterior volvió a visitarlos.

Esta vez, se abrió una compuerta y unos extraños seres con escafandras salieron de la misma.

Los descendientes del pueblo de Thaar ya no tenían el aspecto primitivo de antaño. Incluso se comunicaban a través de un intrincado lenguaje telepático, el cual no fue ningún problema para ser descifrado rápidamente por los recién llegados.

Estos necesitaban los recursos del planeta y a cambio los Naxgull avanzarían, como civilización, a pasos de gigantes cada vez que se efectuara la transacción.

Lo que más atraía a los extraños alienígenas eran unas curiosas piedras brillantes que extraían, de forma constante, del fondo oceánico.

El pueblo disfrutó de edificios, medicinas, armas y vehículos que los desplazaban dentro y fuera del agua, entre otras muchas cosas. Estos nuevos avances los seguían catapultando como especie

dominante en la cadena alimentaria.

La mortandad se redujo drásticamente, aumentando su esperanza de vida.

Apenas tenían depredadores de los que preocuparse y muchas enfermedades tuvieron cura gracias a las artes avanzadas de los visitantes.

En esta cultura, que evolucionaba rápidamente, también hubo tiempo para cultivar una nueva forma de expresión a través de la belleza y la imaginación. Algo que después denominarían como "Arte".

En los sucesivos trueques, el gran pueblo fue dando increíbles saltos tecnológicos.

Pasaron por el equivalente a la edad de piedra, edad media, clásica, renacimiento y edad moderna en un tiempo record mientras sus recursos se agotaban sin remedio.

Algunos habitantes incluso llegaron a trabajar, codo con codo, con los extraños seres en las máquinas recolectoras.

El intelecto de los Naxgull era actualizado y modificado genéticamente tras finalizar cada temporada de extracción.

Ya no eran, en absoluto, los que solían ser.

Para cuando los bienes del planeta comenzaron a escasear, Thaar y su gente habían colonizado el espacio exterior en sus naves llenas de agua.

Tanto en un bando como en otro, también la codicia y la avaricia se repartían a partes iguales.

Los visitantes exprimían el planeta todo cuanto podían y los habitantes marinos sentían la necesidad de adquirir más conocimiento.

Querían subir el nivel de su intelecto hasta lograr ser como los seres que, al principio, consideraron dioses.

Ya casi alcanzaban la gran conciencia universal, casi tenían un conocimiento cercano a lo absoluto cuando, de repente, los recursos se agotaron.

Los visitantes fueron inflexibles en su decisión y los abandonaron a su suerte.

A partir de ahora, con una tremenda sensación de traición y abandono, deberían

evolucionar por sí solos.

Capítulo 2. -Enfermedad.-

La nave surcaba el espacio en una lenta y falsa deriva mientras se iba acercando a su destino.

Sentado a los mandos, Klunhart se podía permitir soñar despierto.

No en vano, en el destartado carguero de serie B, incluso las más intrincadas maniobras eran dirigidas por el ordenador de a bordo.

—Hasta un niño hubiera podido pilotarlo. La verdad, no sé para qué me tienen aquí, pero mientras me paguen... —Siempre se repetía a sí mismo. Aunque, en esos momentos, tenía su mente en otras distracciones.

Klunhart pensaba en la cantidad de huevos que había fecundado en su vida, gracias a sus encantos para con las hembras de su clase.

—¿Serán cientos, miles o tal vez millones...? —pensó.

En definitiva, era irresistible vaciar la carga espermática de sus glándulas, tras la danza de apareamiento y roces posteriores de las resbaladizas bellezas escamosas que habitaban Fosa Coralís, su puerto base.

—¿Conoceré alguna vez a algunos de mis descendientes? —Siguió divagando. Ciertamente, sentía curiosidad por ello.

Criados todos en la gran colmena de Fosa Abisal, ciudad guardería de las larvas, los científicos Naxgull habían fabricado una pulsera, muy de moda últimamente, que indicaba el grado de coincidencia genética con otro individuo.

Estaba deseando llegar y nadar para visitar a una de sus hembras favoritas. Llevaba muchos meses allí metido y eso era demasiado para un espécimen tan joven y apuesto como él.

Además, le pagarían bien por el cargamento minero del planeta Kirius.

Lo que desconocía, mientras soñaba despierto, es que el universo y el destino nunca dejan de sorprendernos.

Entre las rocas de la bodega, un retrovirus basado en el silicio y resistente a las más altas temperaturas volcánicas había pasado por todas las fases de esterilización como si nada.

Eso sería el fin para su raza.

Capítulo 3. -Declive.-

Los científicos hicieron todo lo que su tecnología les permitía por salvar el máximo número de vidas posibles.

Jamás se habían hallado ante un fracaso tan atroz.

Los dos máximos exponentes en ciencias avanzadas del planeta charlaban acaloradamente:

—¡Ojalá los seres de luz estuvieran aquí! —dijo el doctor Remis.

—¿Otra vez con sus estúpidas leyendas, doctor? ¡Somos Naxgull de ciencia, no hechiceros supersticiosos! —respondió el profesor Atros, enfadado.

—¡No son leyendas! —añadió el primero. —¡Debería mostrar algo de respeto por las creencias de su pueblo! ¡Más ahora que agoniza! De todas formas, nadie, ni la gran luz, podrá salvarnos ya. Hemos contactado con las civilizaciones vecinas y, a pesar de sus esfuerzos, ninguna nos ha podido proporcionar ayuda.

—Está bien... le pido disculpas, doctor. Estas circunstancias nos ponen nerviosos a todos. Reunamos al consejo e informemos de la situación. Todos tenemos demasiados genes en común y esos mismos genes, que nos convirtieron en lo que somos ahora, son en los que el retrovirus se ceba. Para nuestro mundo y nuestras células ya no hay salvación. Sin embargo, los viajeros no han contactado con nosotros ni están contagiados. Incluso Thrall, hijo de Thaar, uno de los antiguos, está en misión de exploración. ¡Ordenemos que no regresen! Construiremos una nave lejos, en el espacio; una nave que sea la salvación para nuestra especie, nuestra inteligencia y cultura. Salvará a los últimos especímenes no contaminados.

—Pero, profesor Atros. ¿Qué pasará con los demás?

—Hmm, mi viejo amigo Remis. Ojalá yo también fuera un creyente como usted. Aunque creo que, dadas las circunstancias, rezaré con las mismas fuerzas que los hermanos de la luz.

Para los demás, solo queda eso... rezar.

Y ambos quedaron flotando en silencio.

Capítulo 4. -El arca.-

El sistema de a bordo los fue despertando poco a poco de su prolongado letargo.

Los últimos descendientes de la gran raza, a punto de extinguirse para siempre, nadaban en el fluido que llenaba su nave evocando su antiguo hábitat.

Los que ya estaban reanimados pululaban de un lado a otro, como renacuajos, contoneando sus cuerpos en ágiles cabriolas dirigiéndose a revisar los controles.

A pesar del transcurso de los siglos, y de las nuevas expresiones de su arte, seguían usando la telepatía como medio principal de comunicación.

Gracias a ello, sus sentimientos y pensamientos fluían entre sus iguales de forma más directa.

En contra de la creencia general galáctica, este hecho los había hecho evolucionar más rápido que a otros seres de mundos cercanos.

Pero en la carrera evolutiva por una homogeneidad e igualdad que los conformaban, casi, como un único organismo formado por muchos individuos, olvidaron que este hecho los hacía vulnerables.

A pesar de su gran longevidad, eran débiles.

Y también, a pesar de su avanzada ciencia, estaban muriendo sin remedio.

De hecho, el motivo de su despertar era el haber encontrado un planeta con vida.

Una última oportunidad, tal vez, antes de la extinción.

Thrall lanzó sus pensamientos primero:

—Sé que las decisiones del consejo son irrevocables pero creo que, en esta ocasión y

dada la importancia de los hechos, deberíamos reconsiderarlo.

Todos se miraron escandalizados. En muy contadas ocasiones alguien contradecía al consejo. Y el hecho de que fuera uno de los antiguos lo hacía más asombroso.

Krull respondió:

—Amigo Thrall, comprendo tu repulsa a la mezcla de nuestra herencia genética con la de otras especies pero... ¿Acaso no fue nuestra obsesión por la limpieza de sangre lo que nos ha llevado a morir lentamente como pueblo?

Thrall intensificó su mente, para que todos lo captaran:

—Si nos hubiéramos mezclado con nuestras castas inferiores, eso tal vez nos hubiera salvado y aún hoy no me negaría a ello como medida de emergencia. Sin embargo, otra cosa muy distinta es engendrar monstruos. Aunque ese planeta esté repleto de agua se entiende que su futuro está en tierra firme. Es un planeta con una gravedad muy superior a la nuestra, con temperaturas que nos matarían, con condiciones aborrecibles y con seres abominables. Solo con una nueva especie de mutante, que contenga algunos de nuestros genes, sobreviviríamos como un vago recuerdo de lo que fuimos. Ni siquiera sabemos en qué se convertirán. ¿Ese va a ser nuestro legado?

—Te comprendo —respondió Krull visiblemente afectado. —Pero, es lo único que nos queda.

—¿Y por qué no morir con dignidad? Simplemente, desaparecer —añadió el primero.

—Thrall, dejemos al menos la chispa de la inteligencia, dejemos un legado, te lo ruego. Además, el consejo ya tomó su decisión y pronto habremos desaparecido del universo por completo. Ya probaron con los que quedaban de nosotros, una repoblación en otras zonas de la galaxia; pero el virus era capaz de viajar a través del espacio y no ha parado de perseguirnos, por eso optaron por esta opción.

—Tendrán que ingeniar algo para luchar contra el clima. Serán la especie más débil con diferencia. Tal vez, su inteligencia no baste

para que sobrevivan —continuó el más anciano.

—Solo nos queda confiar en la suerte, es lo único que tenemos —añadió Krull.

—De acuerdo, probemos entonces con una criatura marina, ya que es lo más similar a nosotros. Luego descansaremos por un tiempo y veremos qué ocurre.

—Gracias, Thrall, a todos nos duele tanto como a ti el rebajarnos a ensuciar nuestra herencia.

Todo volvió a la calma tras el último intercambio de pensamientos entre los ancianos. A continuación, procedieron a la modificación genética del animal. Cuando hubieron incrementado su intelecto lo suficiente, durmieron en órbita unos miles de años a la espera de ver su logro.

El tiempo pasó y, al regreso de su hibernación, ya no nadaban grácilmente, sino que renqueaban entre el fluido.

Con la fuerza y vitalidad mermadas por el paso del tiempo, fueron directos al dispositivo de rastreo y...

La nueva especie no aparecía.

Se miraron con tristeza, a sabiendas de lo que había sucedido.

—Os dije que en ese mundo de monstruos un ser con la chispa de nuestra inteligencia, y con nuestra debilidad, morirá rápidamente —habló Thrall. —Es tan diferente a nuestro planeta. Era tan hermosa nuestra casa, y la añoro tanto. Este planeta está habitado por bestias gigantescas que se devoran constantemente. Nunca nuestra semilla daría aquí su fruto. Me repugna la idea de mezclarla con semejantes seres.

En ese momento, Krull tomó otra decisión extrema.

—Thrall, haré lo que sea necesario para que nuestra herencia sobreviva, y si esas descomunales bestias son un impedimento, pronto dejarán de serlo.

En el rostro de Thrall se vieron reflejadas toda una amalgama de emociones, que pasaban desde la repulsa más profunda hasta la ira.

—¿A esto se van a reducir nuestra carrera evolutiva y pacífica civilización?

—Pero Thrall, esto es también evolución.

—¡No, Krull! ¡No lo es! ¡Estás interviniendo en la natural progresión de las especies como si fueses un ser omnipotente, y eso va en contra de nuestros principios!

—No espero que lo entiendas —respondió Krull— pero debemos hacerlo. —En ese momento, todos asintieron con tristeza. Thrall se había quedado solo en su decisión. El ansia por perdurar era un sentimiento muy fuerte en el grupo.

—Está bien, pues en tal caso prefiero no existir para ver en qué nos hemos convertido.

A Thrall, siendo el más anciano, no le fue difícil autoinducirse el coma que lo llevó rápidamente a la muerte.

Con la melancolía invadiendo sus mentes, los escasos descendientes de los Naxgull tiraron la bomba. El planeta quedó invadido por las llamas y la ceniza en cuestión de minutos.

Una gran nube de humo acabó con casi toda la vida que lo habitaba, y durante mucho tiempo la luz del sol apenas penetró en la irrespirable atmósfera.

Antes, sin embargo, en medio de aquel desastre, plantaron su semilla, su "chispa" de inteligencia como decían ellos, en un pequeño y asustado mamífero.

Este evolucionaría hasta ser una especie arborícola, débil y huidiza al igual que sus creadores.

Más tarde, ante su sorpresa, derivaría en un ser que andaría sobre dos piernas.

En su evolución vieron que había descubierto el fuego y utilizaba herramientas, como sus ancestros.

A pesar de no ser tan fuerte como el resto, ni estar capacitado para resistir el clima, la falta de alimento o poder luchar contra otras especies, la mezcla de la agresividad del primate junto con la astucia heredada de la gran raza no solo le hizo sobrevivir, sino que lo convirtió en un gran depredador.

Este fue el último despertar de los Naxgull.

Se miraron, sorprendidos por los resultados obtenidos, y entristecidos a la vez.

Lentamente, se fueron apagando con un solo pensamiento en sus mentes:

—¿Qué hubiera dicho Thaar al contemplar esta creación?

Capítulo 5. -La tierra.-

Los homínidos eran ya humanos. Desconocían su verdadero origen, perdido entre las brumas de la creación.

Tenían la teoría general de que una mutación espontánea había dotado a algún antepasado suyo de una inteligencia algo superior al resto de su iguales, pero... claro, solo era una teoría.

No se podría decir que realmente disfrutaran de inteligencia.

El planeta agonizaba. La tenue atmósfera estaba siendo socavada por el humo de sus fábricas, provocando un asfixiante efecto invernadero irreversible.

La tierra era exprimida por los más ricos a pesar de dirigirse a la autodestrucción; ni tan siquiera habían conquistado las estrellas, hecho que hubiera podido ser su salvación.

Mientras tanto, los extremistas seguidores de un antiguo dios oriental se preparaban para una guerra santa que haría temblar occidente.

Sin embargo, para el ingeniero Harry Palmer, que el mundo se fuera por el retrete no resultaba un problema, ya que estaba creando uno mucho mejor.

Harry era el típico genio que vivía ausente de las noticias del exterior.

Para él no había nada más importante en la vida que su investigación. Investigación que, por otra parte, en un futuro no muy lejano, lo haría millonario. Aunque el dinero no era, ni de lejos, su principal interés.

—¿Cómo va eso, Harry? —preguntó su jefe, Walter Edwin.

—¡Mejor de lo que yo pensaba, señor!

—Muy bien —dijo el viejo tejano. —Ciertamente hijo, no tengo la menor idea de lo que estás haciendo, pero me han dicho mis consejeros que es bueno para el negocio. Cada adolescente de este “puñetero” país querrá un “chisme” de esos. Jaja —rió—, ¡La verdad es

que la juventud de hoy en día está loca! ¡Con la de placeres que el mundo real ofrece! ¿Por qué diablos querrían pasar sus vidas metidos dentro de un absurdo juego?

—Señor Edwin, permítame decirle que este “juego” tendrá todos esos “placeres” que usted indica, y algunos más que ni tan siquiera existen.

—¡Jajaja, muy bien, Palmer! ¡Siga así! Esa será una gran publicidad. ¡Oh, sí! Ya estoy oliendo esos dólares en mi bolsillo. ¡Continúe, continúe...!

Capítulo 6. -Extinción.-

Se habían jurado a sí mismos no usar armas nucleares ni biológicas, pero... ¿quién dicta las normas en un conflicto a nivel mundial? ¿Acaso alguien no dijo en una ocasión: “En el amor y en la guerra todo vale”?

No recordaban realmente quién inició el primer ataque; lo único que sabían era que apenas quedaban humanos con vida, y sus cuerpos no resistirían la hambruna, los virus ni la radiación.

El invento de Harry Palmer revolucionó la forma de ver el mundo antes de la gran y última guerra.

La mayor parte de la población vivía ahora en lo que llamaron hiperrealidad; esto hizo que el viejo tejano, el jefe de Harry, se transformase en un gran multimillonario.

Fue una lástima que su fortuna no lo salvara de la explosión nuclear que arrasó su rancho, junto con él y su familia dentro.

Un nuevo universo en el que no existían las desigualdades, el dolor o la enfermedad se había convertido en la guía de lo que debía haber sido la humanidad y nunca fue.

Ahora el experimento de Harry iba más allá.

El doctor Himura, experto en inteligencia artificial y eminente neurólogo, realizaba las últimas comprobaciones antes de transferir la conciencia del moribundo ingeniero al ordenador.

—¿Está seguro, Harry? Es un prototipo y aún no es del todo fiable.

—Cof, cof —tosió Palmer—. Doctor Himura, me queda muy poco de vida. La

enfermedad me consume por dentro. Prefiero mil veces morir en mi creación que en esta basura. Si todo sale bien, al menos, tendremos un futuro.

—Está bien —dijo el japonés cogiéndole la mano—. ¡Vamos allá!

El casco con electrodos comenzó a componer el mapa mental del cerebro del inventor y sus interacciones. Si tenía éxito, los pocos científicos que quedaban serían los primeros habitantes del nuevo mundo virtual y trabajarían en la fabricación de los droides externos a los que podrían transferir sus conciencias de forma regular.

El cuerpo de Harry comenzó a convulsionar.

—¡Cielo Santo! —dijo el doctor— ¡Debo darme prisa!

El ordenador procesaba a la máxima potencia mientras el ingeniero daba botes en el asiento.

—¡Aguanta Harry! ¡Aguanta!

De repente, la máquina se detuvo. El cuerpo de Palmer se tornó flácido y sin fuerza.

El japonés se puso las gafas de hiperrealidad y entró en el simulador a buscarlo.

—¿Harry? ... ¿Harry? ¿Está usted ahí? —Tras unos minutos de silencio, el doctor comenzó a desesperarse. Cuando, de repente, escuchó un susurro en el viento.

—Gracias, viejo amigo.

Himura reía y lloraba de alegría al mismo tiempo. Lo habían logrado.

Los siglos pasaron y el gran ordenador, gracias a la influencia de las mentes humanas, evolucionó hacia un tipo de conciencia que jamás nadie habría imaginado.

Capítulo 7. -Renacimiento.-

—Pero padre, no entiendo por qué razón tenemos que conocer la realidad. Aunque, para ser sincero, siento algo de curiosidad por el tema. Me han dicho que las sensaciones, incluso la visión, son menos nítidas que aquí.

—En el pasado —respondió su progenitor—, los habitantes de la tierra

vivieron, durante siglos, en un lugar en el que existían el trabajo y la lucha sin cuartel por la supervivencia. Fue una época oscura y despiadada a la que casi no conseguimos sobrevivir; pero lo que comenzó como una diversión, incluso un juego, terminó siendo nuestra salvación.

Tras el considerable descenso de la población generado por el cambio climático, guerras santas y otras penurias, los que resistimos tuvimos que mejorar las máquinas para nuestro abastecimiento sostenible. Poco a poco, comenzamos a fundirnos con ellas para librarnos de las limitaciones a las que nuestros cuerpos carnales nos ataban. Tras lo cual sentimos que no teníamos que conformarnos con un sólo planeta enfermo, estéril y decrepito. Un universo se abrió ante nosotros allá afuera y una nueva realidad, sin límites, nació en las simulaciones creadas por el gran ordenador de entonces. Desde tiempos inmemoriales recordamos nuestros orígenes saliendo del mundo virtual, volviendo al real, creando y guiando nuevas civilizaciones.

—Comprendo, padre, que todo eso es muy noble, pero nuestra forma de vida y civilización es infinitamente mejor que la realidad. ¿Para qué guiar esas civilizaciones? ¿No podríamos dejar que ellas solitas alcanzaran el estado de conciencia absoluta como nosotros? A lo mejor, algún día, incluso pasan a ser formas de luz también.

—Jajaja —rió su padre—. Puede que aún no lo comprendas todo. Pero en cuanto me acompañes ahí afuera lo entenderás.

—Está bien, te acompañaré.

Y ambos se transportaron mentalmente al edificio central donde la conciencia del mundo, a la que todos llamaban "Harry", organizaba las idas y venidas de los múltiples entes que habitaban el simulador.

—¿Qué deseáis? —dijo el ordenador.

—Bien lo sabes —dijo el padre—. Venimos a cumplir la misión que se nos encomendó en el alba de los tiempos.

—¿Estáis preparados?

—¡Sí! —respondió de nuevo el padre.

—Vuestra nave está lista. Espero que recordéis el mar...

Y al cerrar los ojos, ambas conciencias se hallaron en el interior de una gigantesca estructura.

A pesar de que, en su mayor parte, eran seres de luz, Harry los había dotado de cierta organización celular para interactuar en la realidad.

—Padre, no sabría decirte pero presiento que eres más joven que yo.

—Jajaja —rió divertido—, esto es el mundo real. Aquí manejamos una descomunal máquina, somos mensajeros de la conciencia universal, tendremos que usar trajes espaciales cuando visitemos a los seres de otros mundos, y lo que es más inusual, aquí soy yo el hijo y tú el padre.

—No comprendo.

—En el mundo real llegaste a ser tan anciano que comenzaste a olvidar muchas cosas. Cuando Harry nos preguntó por nuestros roles en el simulador, nos pareció divertido intercambiarnos. Por eso yo, que recuerdo mejor todo, ahora te enseñó a ti, como a un hijo.

Al ver el rostro desconcertado del otro ser, el antiguo padre rió.

—No te preocupes, te acostumbrarás. Ahora, hagamos nuestro trabajo. ¡Vamos de pesca!

Y la gran nave descendió hacia un planeta rodeado de un inmenso océano.

—Escucha, hijo —siguió llamándolo, a pesar de todo—. Harry ha analizado la química y seleccionado a la mejor especie para despertar su inteligencia. Dormiremos al más audaz, tocaremos su mente y regresaremos al cabo de los siglos para guiarlos. Pero solamente hasta cierto punto de evolución tecnológica.

—¿Por qué? —preguntó el otro.

—No sé todas las respuestas. Harry tiene sus misterios. Además, necesitamos sus piedras preciosas para que la hiperrealidad funcione.

El rayo se centró en un espécimen que nadaba hacia ellos y los miraba con curiosidad. Lo atrapó, y la luz de la inteligencia se hizo en Thaar.

Progenitores

Efrain Gatuuz

I

—¿Qué estás haciendo acá? —dijo Ato al abrir la puerta de su casa.

—Te dije que encontraría el archivo —dijo Soto. Sus ojos brillaban, aun en la oscuridad de la noche y no dejaban de moverse. Parecía que la emoción le haría estallar de un momento a otro—. Te dije que lo encontraría y acá está.

Soto extendió hacia Ato un pequeño dispositivo rectangular de color rojo. Ato reconoció el dispositivo e instintivamente dio un par de pasos hacia atrás.

—¿De dónde lo sacaste? —dijo con un ligero temblor en su voz.

—Eso no importa —contestó Soto, cada vez más emocionado ante su descubrimiento—. Pero, si quieres saberlo, lo tomé prestado del departamento de genética.

—¡Estás loco! —dijo Ato, cada vez más molesto con su amigo—. ¿Sabes lo que pasaría si nos descubren? ¡Nos desmembrarían!

—¡Tranquilo! —dijo Soto, quien lucía calmado y decidido—. Devolveré el transmisor de datos lo más pronto posible. Lo puedo hacer mañana mismo, si lo usas ahora.

Ato quedó en silencio durante un instante. La idea le llamaba la atención por pura curiosidad pero también tenía temor. Sabía que no habría misericordia de parte de las patrullas del conocimiento si descubrieran que habían violado la ley.

—Y, luego de usar esta información, la borraremos de nuestras memorias para siempre —dijo Soto, para tratar de tranquilizar definitivamente a Ato.

Los dos se miraban fijamente. Soto seguía tranquilo, incluso feliz. Ato no podía ocultar la duda y el temor que se dibujaban en su rostro, pero al mismo tiempo deseaba conocer lo que su amigo había visto.

—Dámelo —dijo Ato completamente resignado.

—No lo podrás creer —dijo Soto, mientras le entregaba el dispositivo de información, conocido comúnmente como DIN. Ato no dejaba de mirar a su amigo mientras introducía el dispositivo en el receptor instalado en la base de su cráneo. Enseguida su cuerpo se puso rígido y sus ojos comenzaron a pestañear con extrema rapidez. Soto, a su lado, no dejaba de sonreír.

II

—¿Y bien? —preguntó Soto apenas Ato se quitó el DIN—. ¿Qué te parece?

Ato observó a su amigo durante un instante. No estaba seguro de qué decir en ese momento. Quizás podría decir una mentira y acabar con todo antes de que se metieran en más líos. Sabía que si decía la verdad alentaría a su amigo a seguir con las locuras que planeaba en su mente.

—¿Me crees ahora? —dijo Soto con insistencia. Ato no dijo nada pero bajó la mirada, un simple gesto que su amigo comprendió perfectamente. Sin poder contenerse, Soto comenzó a brincar y gritar de emoción, a pesar de su corpulento cuerpo.

—¡Quédate tranquilo! —dijo Ato en un susurro mientras lo trataba de calmar—. Recuerda que todavía tenemos el transmisor, así que deja de llamar la atención. Nos meteremos en un lío. ¡No nos pueden descubrir!

Soto se detuvo inmediatamente. Aunque no dejaba de sonreír, las palabras de su amigo habían surtido efecto.

—Bueno, ¿cuál es tu plan? —preguntó Ato.

—Quiero revivir a uno de ellos —dijo Soto y, al decirlo, sus ojos brillaron con intensidad. Apenas podía contener la emoción.

—¿Te volviste completamente loco? —dijo Ato mientras comenzaba a cerrar la puerta de la casa en la cara de Soto. No quería saber nada más del asunto y se arrepentía de haber usado el transmisor de datos. La situación había llegado demasiado lejos.

—Espera —dijo Soto poniendo la mano en la puerta de la casa, impidiendo que se

cerrara—. ¿Acaso no entendiste lo que te mostré? Son nuestros creadores, Ato. ¿De verdad no estás interesado en conocer a uno de ellos?

—¡No quiero que vuelvas a decirme nada al respecto! —gritó Ato.

—Espera —dijo Soto tratando de detenerlo. Ato no le hizo caso y cerró la puerta dejando a Soto de pie en el umbral de la casa.

—Conseguí un corazón intacto —dijo Soto en medio de la oscuridad antes de dar media vuelta e irse.

III

Soto no pudo dormir bien esa noche. Estaba seguro de que su amigo aceptaría unirse a su proyecto así que ese rechazo lo tomó por sorpresa. De hecho ahora tenía dudas acerca de si había hecho lo correcto al pasarle la información a Ato. Se había molestado bastante.

—¿Y si les cuenta algo a los del ministerio de información? —se preguntaba Soto—. No creo. Él sabe que sería castigado también por haber accedido a la información. ¿Ya habrá borrado el registro?

Soto se asomó por la ventana. Afuera todo estaba oscuro, una madrugada sin luna. Las leyes que regulaban la energía en la ciudad exigían que todas las luces estuviesen apagadas, desde las vallas publicitarias hasta las casas. Incluso el alumbrado público había sido sustituido por señales impregnadas de un material fluorescente que no necesitaba electricidad para su funcionamiento. El gobierno central había dispuesto una solución simple para evitar la infracción de la ley: se quitaba la luz a todas las ciudades desde los generadores principales.

—Y pensar que, siglos atrás, las noches podían ser tan luminosas como el día —pensó Soto con amargura mientras cerraba la ventana de su habitación. Se volvió a acostar en la cama y trató de dormir pero el sueño lo evadía. Por un lado le emocionaba pensar en los siguientes pasos que tenía que dar pero al mismo tiempo le daba miedo porque no creía que lo pudiera hacer sin ayuda. Se inclinó en el borde de la cama y tomó una pequeña caja negra que había colocado debajo de la cama. Apretó un botón y enseguida la caja se tornó completamente transparente, revelando lo

que había en su interior. Soto contemplaba el corazón con reverencia mientras pasaba sus dedos por la pared externa del recipiente que lo contenía.

—Espero que funciones —susurró acercando la caja a sus labios—. Haré que funciones de nuevo. En ese momento, el sonido del timbre lo sobresalto, haciendo que la caja cayera estrepitosamente contra el suelo. Sin perder tiempo la arrojó al fondo de la pared, ocultándola bajo la cama y se dispuso a abrir la puerta.

El timbre no dejaba de sonar y Soto comenzó a temer que los agentes del ministerio de la información lo hubiesen descubierto. Se acercó a la puerta, sin poder evitar que las piernas le temblaran, y se dirigió al videocomunicador. No pudo evitar dar un pequeño grito de sorpresa al contemplar quien era su visitante.

—Espero que tengas un buen plan —dijo Ato mientras entraba en casa de su amigo.

Ato se sentó en la pequeña mesa que se encontraba en la habitación. Estaba todo realmente oscuro pero por lo menos podían distinguir sus siluetas.

—Necesitamos tres elementos —dijo Soto sin perder tiempo, llevaba días esperando esa conversación—. Un corazón, un cerebro y un cuerpo.

—¿Por qué por separado? —preguntó Ato.

—Parece que luego de la gran guerra a la mayoría de los cadáveres les sacaron ambos órganos para someterlos a estudio —dijo Soto—. Sinceramente, no entiendo muy bien por qué hicieron eso, pero el punto es que es casi imposible conseguir un cuerpo que tenga su corazón y cerebro con él.

—¿Dónde podemos conseguir el cerebro y el cuerpo? —preguntó Ato.

—El cuerpo es relativamente fácil. En el laboratorio de genética de la universidad hay algunos en buen estado, pero necesitare tu ayuda. —A pesar de la oscuridad Ato sintió la mirada penetrante de su amigo al decir las últimas palabras. Sin saber si su amigo veía el gesto, Ato asintió lentamente—. El verdadero problema es el cerebro. Sinceramente, no

tengo idea de donde podamos conseguir uno. Tiene que estar perfectamente conservado, así que los cementerios quedan descartados en su totalidad. Lo único que se me ocurre son los laboratorios de investigación y las universidades. Pero, como te imaginarás, la seguridad es máxima en esos sitios.

—Ya veo —dijo Ato—. Pero hay otra forma, más sencilla quizás.

—¿Cuál?

—La lista de Oz.

—Ni siquiera sabemos si existe —dijo Soto sin disimular una risa que indicaba lo absurda que le parecía la idea.

—Sí existe. Yo la he usado.

Soto detuvo la risa inmediatamente. La lista de Oz, en referencia a la famosa obra literaria, consistía en el estrato más oculto de la red global de comunicaciones, la supranet. Era ahí donde se hacían la mayor parte de los negocios ilícitos, incluyendo contrabando, secuestro y extorsión. Incluso había un insistente rumor de que en ese lugar se podían conseguir asesinos a sueldo. Pero todos eran rumores y nadie parecía haber entrado ahí antes.

—¿Cómo? —Fue todo lo que preguntó Soto. Ato se quedó en silencio y, aún en medio de la oscuridad, se podían percibir las dudas que tenía para responder a esa pregunta. Suspiró antes de comenzar a hablar.

—Mi interfaz principal estaba defectuosa. Lo descubrí hace un par de años. Y, bueno, ya sabes lo que les ocurre a aquellos que presentan ese tipo de defectos. Así que, desesperado, comencé a investigar acerca de la lista de Oz. Era mi única opción. Pasé horas indagando, creyendo que estaba perdiendo mi tiempo, hasta que un día me encontré con una pista. A partir de ahí no me tomó mucho tiempo encontrar lo que buscaba. Aunque, a decir verdad, sospecho que ellos se dieron a conocer al descubrir cuáles eran mis intenciones. Finalmente pude obtener una interfaz nueva, así que valió la pena.

—¿Cuál fue el costo? —preguntó Soto.

—Mi próxima actualización.

—¿Es en serio! —gritó Soto, con tanta fuerza que estuvo a punto de hacer sonar la alarma de la habitación. Estaba prohibido

hacer ruido a esas horas.

—¡Cálmate! —dijo Ato en un susurro, tratando de tranquilizarlo—. Recuerda que igual tendré oportunidad de hacer la actualización en cinco años más.

—¿Tú tienes idea de lo que significa eso? Vas a ser un completo inútil comparado con los demás. Son muchos años, Ato. El sacrificio es muy grande.

—Era eso o la muerte —dijo Ato secamente—. Pero no estoy acá para discutir contigo las decisiones que yo haya tomado en el pasado. Quiero saber si estás dispuesto a realizar sacrificios semejantes para lograr lo que te propones.

El silencio envolvió la sala mientras Soto meditaba sobre las palabras de su amigo.

—Estoy dispuesto —dijo finalmente.

—Bien, manos a la obra entonces —dijo Ato, quien ahora estaba emocionado ante lo que iban a hacer—. Es hora de que conozcas la lista.

IV

Estableciendo conexión...

Enviando señal: Puerta 353.545.23.11

Conexión rechazada

Enviando señal: Puerta 353.545.23.12

Conexión rechazada

Enviando señal: Puerta 353.545.23.13

Conexión rechazada

—¿Qué ocurre? —preguntó Soto de pie detrás de Ato, quien se encontraba centrado frente al ordenador—. ¿Por qué nos rechaza?

—Tranquilo —dijo Ato mientras seguía enviando señales, esperando recibir alguna respuesta—. Como te imaginarás, la lista de Oz es uno de los lugares más proclives a recibir ataques de todo tipo. Y no solo por parte de la gente del ministerio de la información. Hackers, piratas contrabandistas, aficionados y curiosos. Son muchos los que quieren probarse a sí mismos violando todo el sistema de seguridad de la lista. Así que constantemente están cambiando la dirección. Al menos la dirección de enlace, la dirección verdadera nadie la conoce. Algunos dicen que la sede es en la Capital y otros dicen que todo

está ubicado en un satélite.

Al escuchar la palabra satélite Soto no pudo evitar levantar la vista aunque solo se veía el techo de la habitación.

Enviando señal: Puerta 353.545.23.35

Conexión establecida

Iniciando protocolo de seguridad.

¿Eres un script? Introduce el siguiente código de seguridad 832yqF\$%&i1

—Estamos dentro —dijo Ato. Soto no pudo evitar sonreír al ver que el sistema no preguntaba si el usuario era un robot sino si era un script—. Bien, una vez que introduzca el código tendremos diez minutos para navegar antes de que el sistema nos rechace y tengamos que buscar otro puerto para entrar. Déjame ver si mi contacto previo está conectado en este momento.

¡Código de seguridad correcto!

Bienvenido / Welcome / Willkommen / добро пожаловать / 歡迎 / 欢迎

> Localizar a Asimov

Localizando...

Localizando...

Localizando...

¡Localizado!

¿Quién me busca?

> Soy Artos. ¿Te acuerdas de mí? Hace un par de años me conseguiste una interfaz T4

Sí, te recuerdo. ¿Cómo va ese sistema?

> Funciona a las mil maravillas. Pero me he conectado porque quiero ver si me puedes conseguir algo.

Claro. ¿Qué necesitas?

> Un cerebro. Un cerebro humano.

Durante unos segundos que parecieron interminables no hubo respuesta de parte de Asimov. Ato y Soto miraban la pantalla, concentrados y un poco nerviosos. Ato no pudo evitar un suspiro de alivio cuando finalmente recibieron un mensaje.

Puedo conseguirlo.

> ¿Para cuándo?

Dame dos semanas.

> *Excelente.*

Esto es un objeto realmente inusual. De hecho nadie ha pedido algo así nunca. Como te imaginarás, y dadas las dificultades que me tomará conseguirlo, esta pieza requiere un pago especial.

> *¿Cuánto?*

Tres actualizaciones.

Soto se quedó boquiabierto frente a la pantalla. Ato también estaba sorprendido ante el costo que suponía lo que estaban buscando.

—Es demasiado —dijo Soto finalmente—. Si accedo a eso, prácticamente me estaré condenando a ser un inútil por el resto de mi existencia.

—Bueno, tú eres el de la idea del proyecto —dijo Ato—. Me pediste que te ayudara y eso es lo que estoy haciendo. Pero tú debes decidir si vale la pena el sacrificio.

Durante un instante que pareció una eternidad Soto se quedó en silencio. Cerró los ojos y suspiró. Se acercó a la computadora y comenzó a escribir en el teclado.

> *Acepto.*

V

El viejo sótano del edificio tenía años clausurado aunque no fue difícil romper el viejo candado que cerraba la puerta de hierro. Tuvieron que acondicionar el lugar, algo que les tomó un par de días debido a la cantidad de basura, junto con excrementos de animales, que había por doquier. También introdujeron unas tablas para hacer una mesa central donde colocaron el cuerpo, obtenido del laboratorio de genética de la universidad. No había mucho que elegir y al final se decantaron por el cuerpo de un hombre adulto. Tenía una barba tupida, el cabello largo y una complexión atlética.

—Me pregunto cómo habrá muerto —dijo Ato cuando lo vio la primera vez—. Pareciera que estaba en buenas condiciones.

Sin embargo no encontraron ningún reporte médico para saber la causa de la muerte. Algo que, de todos modos, no era importante. Insertar el corazón y el cerebro requirió bastante trabajo, aunque no tanto como ellos temían antes de hacerlo. Asimov les había entregado, junto con el cerebro,

algunos DIN acerca de operaciones quirúrgicas. Dado lo innecesarios que resultaban esos procedimientos en la época actual, Soto pensó que esa información quizás valía lo mismo o más que el mismo cerebro. La sangre no fue ningún problema tampoco. Era muy fácil conseguir sangre artificial, desarrollada por los humanos siglos atrás y utilizada principalmente en situaciones de combate.

Finalmente llegó el día señalado para el experimento. Colocaron electrodos en diversas partes del cuerpo. Al principio Ato creyó que era una broma aquello de utilizar electricidad para revivir el cuerpo pero Soto le demostró que, según sus cálculos, era posible. Aunque para ello la cantidad de corriente y los lugares que recibirían los impulsos eléctricos debían ser muy precisos.

—Ya todo está listo para comenzar —dijo Soto. Sus ojos brillaban en una extraña mezcla de emoción y temor—. ¿No es emocionante?

—Solo espero que nadie se dé cuenta de lo que estamos haciendo.

—Ato, si no nos han detenido hasta ahora, dudo que alguien sepa qué hacemos.

—¿Cómo crees que reaccionará si revive?

—Pues no tengo idea. Solo como medida de prevención hice un puente de corriente desde acá —dijo mientras señalaba un cable—. Si algo peligroso ocurre, basta con presionar este botón azul y una descarga volverá a mandarlo al otro mundo.

—Bueno, creo que si ya hemos llegado hasta acá es mejor que sigamos —dijo Ato mientras grandes gotas de sudor corrían por su rostro.

Cada uno se colocó a un lado del cadáver. Soto presionó el botón y escuchó un zumbido que provenía de las máquinas generadoras y comenzó a crecer. Pequeñas chispas surgían de los cables que estaban conectados al cuerpo. De repente la carga se incrementó de forma violenta y el bombillo que colgaba del techo explotó mientras Ato maldecía.

—¡Busca la linterna! —gritó Soto, sin poder ver bien en medio de la oscuridad. Los

generadores de corriente seguían funcionando a pesar de la fuerte descarga.

Ato encendió la linterna y un haz de luz comenzó a recorrer la habitación, primero posándose sobre Soto y luego sobre la mesa. Ahí estaba el humano. Ato se acercó un poco más y observó cómo el pecho del hombre se inflaba y se desinflaba a un ritmo constante.

—Está vivo —dijo Soto en voz alta, sin poder contener la emoción mientras se acercaba a la mesa. El hombre parpadeó un instante y, luego de hacer un esfuerzo, se sentó en la mesa.

Soto y Ato se dieron cuenta enseguida. Los ojos del hombre no mostraban inteligencia de ningún tipo. La saliva salía de sus labios y caía sobre sus piernas. Aquello no era un humano. Ante sus ojos se hallaba un cascarón vacío, con vida pero vacío. No había rastro alguno de la existencia de una conciencia real en ese individuo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Soto en voz alta. Pensaba que iba a encontrarse con un ser inteligente. Un ser tan inteligente que fue capaz de crear a los ancestros de Soto y a toda su raza. Pero ante él solo se encontraba un cuerpo sin rastro de humanidad.

—Tanto esfuerzo para nada —dijo Ato con desilusión, mientras miraba al pequeño hombre que se babeaba mientras miraba al vacío.

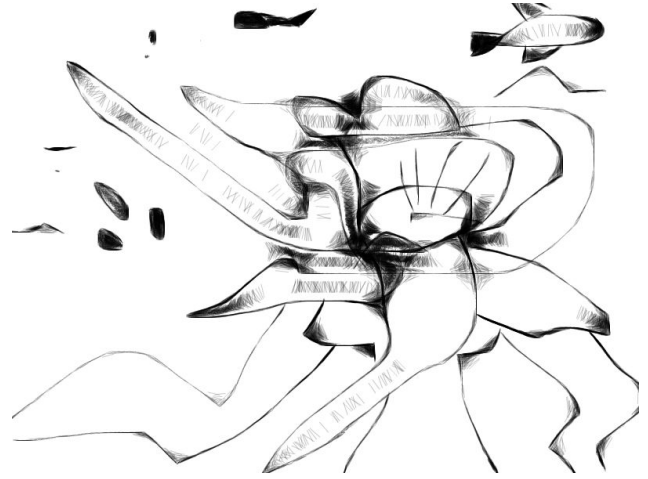
Soto no decía nada, aunque se notaba que también estaba profundamente desilusionado. Comprendió que la raza humana se había extinguido. Quizás no sus cuerpos y tal vez podía hallarse todavía algún cerebro. Pero aquello que los hacía únicos había desaparecido para siempre.

Soto pensó que, al contrario de él, aquella criatura carecía de alma.

—Deshazte de él —dijo Ato con frialdad mientras daba la vuelta y salía del sótano sin mirar hacia atrás. Soto, sin perder tiempo, accionó el botón azul.

Juventud de Mamá Pulpa

Maximiliano E. Giménez



—¡Por Tetis! —dijo Mamá Pulpa—
¡Cuánto hacía que no veía uno de estos!

Mamá Pulpa adoraba hacer referencia a los dioses y tradiciones de los humanos, que probablemente solo ella había estudiado de manera decidida y exhaustiva. Eso le daba la oportunidad no solo de burlarse de los humanos, a quienes detestaba, sino sobre todo de mostrar su superioridad frente a quienes la rodeaban, como correspondía a su estatus. Los pulpos habían desarrollado una inteligencia superlativa y dominado el mundo, de modo que Mamá Pulpa estaba en condiciones de hacer ambas cosas: sin embargo, el número de humanos había descendido tanto que el hermoso pulpo hembra ya no tenía ocasión de cruzarse con ellos. En su juventud, Mamá Pulpa había llegado a conocerlos mejor que nadie, para su zozobra y la mayor grandeza de la raza de los pulpos. Pocos, sin embargo (y entre ellos no se hallaba Mamá Pulpa), conocían el origen del asunto.

—Ya no se los encuentra, Señora —respondió con deferencia uno de los comandantes—. Lo hemos traído hasta aquí solo para complacerla. Mis pulpos aseguran que luchó con ferocidad.

—Gracias, querido —dijo Mamá Pulpa, observando al comandante—. ¡Qué cortesía! Especialmente tratándose de un pulpo tan gallardo y competente...

Naturalmente, el gran invento de Mamá Pulpa eran sus hijos: pulpos dotados de espermatóforos de nueva generación, capaces de inseminar y colonizar los huevos de otras especies de moluscos, y eventualmente todo huevo blando, generando procesos de cruzamiento génico que habían dado lugar a varias clases de pulpos, púlpidos y pulpinos. Aunado al hecho de que los pulpos hembra podían poner entre doscientos y cuatrocientos mil huevos por nidada, el dominio del mundo había sido un asunto celerísimo, incluso vertiginoso: por ello, el patético humano que había sido conducido a su presencia no era más que un despojo de tiempos pasados, como el fósil de un tacho de basura hallado durante la construcción de una catedral submarina. Un número similar de huevos había estado en la matriz del ascenso de los pulpos, y también habían sido tirados a la basura: en la búsqueda de una cura para las enfermedades neurodegenerativas, una promisoriosa empresa biotécnica del estado de Washington había desarrollado una línea de investigación que procuraba ligar las capacidades regenerativas de los pulpos con las propiedades de las células madre neuronales. Aplastada por sus rivales más poderosos, la empresa había sido cerrada, los empleados despedidos, y los materiales de investigación descartados por personal de una empresa de construcción que ignoraba las normas más elementales de bioseguridad. La camada AB101, compuesta por 372.896 huevos gastrulados en torno a neuronas-madre modificadas, fue arrojada en el muelle, junto a miles de otras pequeñas criaturas marinas, para deleite de las gaviotas y los peces que frecuentaban el puerto de Seattle.

Todo ello no le habría importado a Mamá Pulpa de haberlo sabido, puesto que su interés no estaba ligado a su origen, sino a su porvenir. Empero, la visión de aquel humano había reavivado las impresiones de una época primera e imprecisa, y sin embargo dolorosamente patente. De todos los huevos, sólo Mamá Pulpa había sobrevivido, flotando en la espesa sopa marina de radiolarios y medusas muertas. Su primera nidada había producido una colonia de pulpos parlantes, cuyos conspicuos descendientes habrían de llevar el dudoso don de la palabra a todas las regiones del océano en una oleada inaudita de logospermia. Los espermatóforos de nueva

generación habían garantizado la expansión de la marca "Mamá Pulpa", el sello único y personal que la caracterizaba, a través de los mares crecientes, y el planeta entero había ido girando lentamente hacia su figura estelar, torciendo la cabeza para contemplar su ascenso. Mamá Pulpa se dirigió al prisionero.

—¿Y, pequeño? ¿Qué novedades se cuentan entre los humanos? Es decir, entre los que quedan.

El hombre intentó escupir, sin lograrlo. Lo habían golpeado y lo habían drogado, o tal vez al revés, lo que en ambos casos constituía una desconsideración. Tal vez ese gallardo comandante no era un caballero, después de todo. Mamá Pulpa se acercó flotando al insurrecto y le habló con delicadeza, con aquel particular acento que los humanos aborrecían:

—¿Logras comprender dónde te encuentras, desdichado?

—Tenga cuidado, Señora —advirtió el comandante—. Son peligrosos.

—Solo de los celos debemos cuidarnos, mi querido —repuso Mamá Pulpa, entornando los verdes ojos—. Y de las hogueras que encendemos contra nuestros enemigos... —añadió, reflexionando.

Nadie entre la guardia pareció captar las referencias shakespearianas, ni aun el humano, que permanecía con la cabeza echada hacia atrás y una sonrisa torcida de idiota plantada en la cara ancha y basta. Mamá Pulpa se lamentó porque pronto no quedaría en el mundo, tal vez no quedaba ya, nadie con quien compartir cómplice las citas de la cultura humana, los chistes y la música de rock. Bueno, pensó, de todos modos ella viviría para siempre.

—Me encuentro en el corazón de la bestia —respondió de pronto el hombre, arrastrando las palabras—. En la matriz, si puede decirse, de todo el asunto.

—¡Ah! La metáfora es inadecuada —replicó Mamá Pulpa—. La matriz es ahora el mundo mismo.

La mejor juventud de Mamá Pulpa había transcurrido precisamente mientras las mareas de pulpos mutantes inundaban la atmósfera con gases de invernadero y los casquetes polares se fundían en torrentes que arrasaban

las metrópolis superpobladas. Enormes cantidades de metano habían sido liberadas desde los yacimientos del lecho oceánico, aumentando la temperatura global hasta que el nivel del mar había alcanzado el pie de las montañas. Desde las planicies inundadas Mamá Pulpa había conducido a los ejércitos victoriosos, mientras todas las formas de la vida marina se esforzaban en parecersele, o morían en el intento. El mundo mismo se pulpizaba.

—Entonces el mundo mismo es la bestia —le respondió el prisionero, como si hubiera seguido el curso de su pensamiento interior.

—¡Ah, chiquitín, qué candoroso! —Mamá Pulpa acarició con un tentáculo la barbilla hirsuta del cautivo, mientras miraba de soslayo al comandante de la guardia—. Casi había olvidado lo pasionales que pueden ser estas criaturas. ¿Cuántos quedan de ustedes? ¿Dos mil? ¿Tres mil?

—Somos millones —dijo el humano, con voz pastosa.

Mamá Pulpa rió para sus adentros mientras veía pasar, a través de la burbuja de comando, las formaciones de pulpería dirigiéndose a la conquista del mundo. ¡Millones!, bufó. No había número sobre el globo que pudiera contrarrestar la potencia colonizadora de los espermatóforos generados por su progenie, capaces de abrirse camino a través del tejido blando y germinar en los óvulos de prácticamente cualquier especie. Los púlpidos —variedades de cefalópodos y moluscos colonizadas por los espermatóforos mutantes—, y los pulpinos —hijos de otros animales inseminados por los pulpos—, se habían multiplicado exponencialmente, hasta en los lugares más inesperados: la lucha había alcanzado los continentes y las mujeres habían dado a luz pulpos que las habían devorado, mientras las nubes de langostas pulpinas avanzaban, oscureciendo los cielos a su paso. En última instancia, se dijo Mamá Pulpa, la toma final del poder por parte de los pulpos había sido consecuencia de esa subordinación, de esa sumisión de la Naturaleza a la suprema forma pulpa, que le daba un centro y una referencia ineludible. Habló dirigiéndose al comandante:

—¿Qué dice usted, mi gallardo oficial?

—Mátelo, Señora. Cuanto antes, mejor.

—Su impaciencia revela una gran vitalidad, comandante. ¿Los ha probado alguna vez?

—¿Cómo dice, Señora? —inquirió, perplejo, el comandante.

—Le pregunto si alguna vez los ha probado, si los ha comido.

—¿A los humanos? No, Señora, me dan asco.

—Y veo que también conserva cierto sentido del recato... Eso me gusta. Me temo que debo meditar más largamente sobre el destino de este infortunado. ¡Guardias! —exclamó Mamá Pulpa—, llévense a todos y déjenme a solas con el prisionero. Usted quédese, comandante, lo necesito aquí.

Los oficiales y la guardia se retiraron a toda prisa: el edecán, que conocía las preferencias de la Señora, bajó las luces antes de salir. La burbuja quedó envuelta en la penumbra azul y suavemente oscilante de las profundidades.

—Pues yo sí los he probado... —prosiguió Mamá Pulpa, como si volviera de una tanda comercial en televisión—. En una época los comía con frecuencia. Me gustaban especialmente sus sesos, que tenían un sabor completamente distinto de cualquier otro animal. Pero su carne también es comestible, y es sabrosa. No es carne de mar, por supuesto.

Con el rápido movimiento de un tentáculo clavó en el reo un agujijón de octopamina, una sustancia capaz de producir trance y alucinaciones en los humanos, y con otro tentáculo arrancó un largo jirón de carne de su pecho, que masticó con fruición. El comandante la observaba impávido, menos perturbado por el festín que por su cercanía a la Señora.

—¿Lo ve? —dijo Mamá Pulpa—. Sírvase, comandante, esto no se come todos los días.

El comandante aceptó un trozo, ante la insistencia. Mamá Pulpa, con discreción, vació una vejiga de feromonas que siempre llevaba para estas ocasiones, y vio al prisionero arrugar el rostro con una mueca. Se acercó a él.

—Ahora, ya en serio —dijo—. ¿Qué pasa con la Resistencia?

El hombre farfulló algo ininteligible.

Mamá Pulpa le inyectó otro aguijón.

—Cuidado, Señora —advirtió el comandante—. No son tan resistentes.

Pero Mamá Pulpa aferró al humano con un tentáculo en torno al cuello, dominándolo desde el ominoso dosel de su presencia.

—¿Dónde están! ¡Cuántos son! Quiero que me digas quién está al mando, dónde guardan las armas, quiero que me hables de las futuras operaciones...

El rebelde intentó reír con un gorgoteo estertoroso, como una cañería que no acabara de destaparse.

—¿Futuras operaciones? ¡Yo soy la operación! —gritó, y luego dejó caer el mentón sobre el pecho, como si hubiera perdido el sentido. Mamá Pulpa levantó su cabeza con un tentáculo: los ojos del humano estaban en blanco, señal de que su voluntad aun intentaba conservar el control de su conciencia. Con el otro tentáculo apretó el cuello del maldito, inclinando la cabeza para escuchar su confesión.

—Los inseminaré... —balbuceaba el prisionero—. Espermatóforos humanos con una particular afinidad por los pulpos mutantes... Ustedes creen ser los únicos capaces de colonizar otros organismos... ¡Habrá humanos, homínidos y homininos!. Es la lucha por la evolución entre los gigantes de la empresa...

—Se lo advertí, Señora. El miserable delira —dijo el comandante, y como confirmando sus palabras, el humano sufrió un acceso convulsivo—. Termínelo ya, Señora, se lo ruego.

—¡Ah, la piedad! —exclamó Mamá Pulpa, mientras despedazaba y devoraba al cautivo—. Verdaderamente es usted un dechado de virtudes, comandante... Venga, acérquese más, terminemos con esto juntos.

Los pulpos se unieron, acabando de engullir al humano. Mientras copulaban, Mamá Pulpa pensó en las próximas camadas que daría al mundo. Ya no eran sus tiempos de juventud, cuando podía liberar una puesta fecundada cada nueve lunas, pero esta noche sentía la vida bullendo dentro de sí, anhelante del germen que la transformaría en cientos de miles de pulpos hermosos, todos con la marca

genética de Mamá Pulpa, creciendo en el sabroso mar con la marea alta, la luz cayendo oblicuamente sobre las ciudades sumergidas. El condenado oficial la había inflamado con ese señuelo del prisionero, con esa trampa tendida a su deseo, y ella había mordido el anzuelo, como debía suceder. Pronto, millares de crías poblarían los nuevos mares que Mamá Pulpa había abierto para goce de las generaciones futuras. Pondré a estos que llevo en mi vientre al frente de todo, se dijo, la Luna creciente es signo de grandeza y majestad.

—¿Me habló usted, Señora? —dijo el comandante.

Mamá Pulpa no respondió. Su organismo tenía una enorme capacidad de regeneración, lo que le había dado una longevidad inaudita, pero más relevante que la persistencia de su cuerpo era la permanencia de su obra, la pregnancia de su presencia en la faz del mundo. Mamá Pulpa estaba presente en todos los procesos reproductivos bajo la línea del mar, y en la mayoría de aquellos que se producían por encima: en ese sentido era infinita, replicada en cada cría y cada clon, distribuida por las aguas como un cuervo, una paloma. La juventud es un estado de ánimo, pensó Mamá Pulpa mientras la cópula llegaba a su fin, especialmente para los inmortales. Señalando los restos del desventurado recluso, preguntó al oficial:

—¿Y, comandante? ¿Qué opina? ¿El sabor?

—El sabor no está mal. No es mucha carne que digamos, pero se deja comer.

—Sí, son pequeños... —reconoció Mamá Pulpa.

—No lo volvería a comer, aunque celebros la ocasión de haberlo probado al menos una vez.

—A veces con una vez es suficiente, comandante —dijo Mamá Pulpa.

El comandante la miró entrecerrando los ojos. Como era habitual luego de la cópula, el apuesto pulpo entraba en un estado transitorio de semisueño, Pero a Mamá Pulpa la roía algo que le impedía abandonarse a la modorra. Se removió inquieta, arrojando la cabeza entre los pliegues del cuello como si de una cogulla se tratara. A medida que el sopor la alcanzaba, pensó: "Humanos, homínidos y

homininos ¡qué absurdo!" Al fin, ahíta, acunada por el ronroneo de los ejércitos que atravesaban el mar, Mamá Pulpa se durmió.

Al instante, en sus entrañas, los espermatóforos del humano que había devorado rompieron sus sacos y echaron a nadar en todas direcciones.